OBRAS ESCOGIDAS

Las obras de esta colección han sido especialmente seleccionadas para los niños y jóvenes chilenos. Sus versiones están en el lenguaje de nuestros niños y jóvenes, y apuntan hacia su idiosincrasia e intereses.

9 789561 216136

CÓDIGO 6836-5

EL RUISEÑOR Y LA ROSA Y OTROS CUENTOS

Oscar Wilde

CamScanner

INDICE

El ruiseñor y la rosa
pág. 7

El gigante egoísta
pág. 23

El príncipe feliz
pág. 37

El amigo fiel
pág. 63

El joven rey
pág. 93

Un cohete muy especial
pág. 123

Oscar Wilde
pág. 149

El ruiseñor y la rosa

—Dijo que bailaría conmigo si le llevaba unas rosas rojas —se lamentaba el joven estudiante—, pero no hay una sola rosa roja en todo mi jardín.

Desde su nido de la encina, lo oyó el ruiseñor. Miró por entre las hojas asombrado.

—¡No hay ni una rosa roja en todo mi jardín! —gritaba el estudiante.

Y sus hermosos ojos se llenaban de llanto.

—¡Ah, de qué cosa más insignificante depende la felicidad! He leído cuanto han escrito los sabios, poseo todos los secretos de la filosofía y encuentro mi vida destrozada por carecer de una rosa roja.

CamScanner

—He aquí, por fin, el verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Le he cantado todas las noches, aun sin conocerlo; todas las noches les cuento su historia a las estrellas; y ahora lo veo. Su cabellera es oscura como la flor del jacinto y sus labios rojos como la rosa que desea; pero la pasión le ha puesto pálido como el marfil y el dolor ha sellado su frente.

—El príncipe da un baile mañana por la noche —murmuraba el joven estudiante—, y mi amada asistirá a la fiesta. Si le llevo una rosa roja, bailará conmigo hasta el amanecer. Si le llevo una rosa roja, la tendré en mis brazos. Reclinará su cabeza sobre mi hombro y su mano estrechará la mía. Pero no hay rosas rojas en mi jardín. Por lo tanto, tendré que estar solo y no me hará ningún caso. No se fijará en mí para nada y mi corazón se destrozará .

—He aquí el verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Sufre todo lo que yo canto: todo lo que es alegría para mí es pena para él. Realmente el amor es algo maravilloso: es más bello que las

CamScanner

esmeraldas y más caro que los finos ópalos. Perlas y rubíes no pueden pagarle, porque no se halla expuesto en el mercado. No puede uno comprarlo al vendedor ni ponerlo en una balanza para adquirirlo a peso de oro.

—Los músicos estarán en su estrado —decía el joven estudiante—. Tocarán sus instrumentos de cuerda y mi adorada bailará a los sones del arpa y del violín. Bailará tan vaporosamente que su pie no tocará el suelo, y los cortesanos con sus alegres atavíos la rodearán solícitos; pero conmigo no bailará, porque no tengo rosas rojas que darle.

Y dejándose caer sobre el césped, se cubría la cara con las manos y lloraba.

—¿Por qué llora? —preguntaba una lagartija verde, correteando cerca de él, con la cola levantada.

—Sí, ¿por qué? —decía una mariposa que revoloteaba persiguiendo un rayo de sol.

—Eso digo yo, ¿por qué? —murmuró una margarita a su vecina, con una vocecilla tenue.

—Llora por una rosa roja.

—¿Por una rosa roja? ¡Qué tontería!

Y la lagartija, que era algo cínica, se echó a reír con todas sus ganas.

Pero el ruiseñor, que comprendía el secreto de la pena del estudiante, permaneció silencioso en la encina, reflexionando sobre el misterio del amor.

De pronto desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo.

Pasó por el bosque como una sombra, y como una sombra atravesó el jardín.

En el centro del cuadro se levantaba un hermoso rosal, y al verlo voló hacia él y se posó sobre una ramita.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal meneó la cabeza.

—Mis rosas son blancas —contestó—, blancas como la espuma del mar, más blancas que la nieve de la montaña. Ve en busca de mi hermano, el que crece alrededor del viejo reloj de sol, y quizá él te dé lo que deseas.

CamScanner

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía en torno del viejo reloj de sol.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal meneó la cabeza.

—Mis rosas son amarillas —respondió—, tan amarillas como los cabellos de las sirenas que se sientan sobre un tronco de árbol, más amarillas que el narciso que florece en los prados antes que llegue el segador con su hoz. Ve en busca de mi hermano, el que crece debajo de la ventana del estudiante, y quizá él te dé lo que deseas.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía debajo de la ventana del estudiante.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el arbusto meneó la cabeza.

—Mis rosas son rojas —respondió—, tan rojas como las patas de las palomas, más rojas que los grandes abanicos de coral que el océano mece en sus abismos; pero el invierno ha helado mis venas, la escarcha ha marchitado mis botones, el huracán ha partido mis ramas, y no tendré más rosas en este año.

—No necesito más que una rosa roja —gritó el ruiseñor—, una sola rosa roja. ¿No hay ningún medio para que yo la consiga?

—Hay un medio —respondió el rosal—, pero es tan terrible que no me atrevo a decírtelo.

—Dímelo —contestó el ruiseñor—. No soy miedoso.

—Si necesitas una rosa roja —dijo el rosal—, tienes que hacerla con notas de música al claro de luna y teñirla con la sangre de tu propio corazón. Cantarás para mí con el pecho apoyado en mis espinas. Cantarás para mí durante toda la noche y las espinas te atravesarán el corazón: la sangre de tu vida correrá por mis venas y se convertirá en sangre mía.

—La muerte es un buen precio por una rosa roja —replicó el ruiseñor—, y todo el mundo ama la vida. Es grato posarse en el bosque verdeante y mirar al sol en su carro de oro y a la luna en su carro de perlas. Suave es el aroma de

CamScanner

los nobles espinos. Dulces son las campanillas que se esconden en el valle y los brezos que cubren la colina. Sin embargo, el amor es mejor que la vida. ¿Y qué es el corazón de un pájaro comparado con el de un hombre?

Entonces desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo. Pasó por el jardín como una sombra, y como una sombra cruzó el bosque.

El joven estudiante permanecía tendido sobre el césped allí donde el ruiseñor lo dejó y las lágrimas no se habían secado aún en sus hermosos ojos.

—Sé feliz —le gritó el ruiseñor—, sé feliz; tendrás tu rosa roja. La crearé con notas de música al claro de luna y la teñiré con la sangre de mi propio corazón. Lo único que te pido, en cambio, es que seas un verdadero enamorado, porque el amor es más sabio que la filosofía, aunque ésta sea sabia; más fuerte que el poder, por fuerte que éste lo sea. Sus alas son color de fuego y su cuerpo color de llama; sus labios son dulces como la miel y su aliento es como el incienso.

El estudiante levantó los ojos del césped y prestó atención; pero no pudo comprender lo que le decía el ruiseñor, pues únicamente sabía las cosas que están escritas en los libros.

Pero la encina lo comprendió y se puso triste, porque amaba mucho al ruiseñor que había construido el nido en sus ramas.

—Cántame la última canción —murmuró—. ¡Me quedaré muy triste cuando te vayas!

Entonces el ruiseñor cantó para la encina, y su voz era como el agua que ríe en una fuente de plata.

Al terminar su canción, el estudiante se levantó, sacando al mismo tiempo su cuaderno de notas y su lápiz.

"El ruiseñor —se decía paseándose por la alameda—, el ruiseñor posee una belleza innegable, ¿pero siente? Me temo que no. Después de todo, es como muchos artistas: puro estilo, exento de sinceridad. No se sacrifica por los demás. No piensa más que en la música y en el arte; como todo el mundo sabe, es egoísta. Ciertamen-

CamScanner

te, no puede negarse que su garganta tiene notas bellísimas. ¡Qué lástima que todo eso no tenga sentido alguno, que no persiga ningún fin práctico!"

Y volviendo a su habitación, se acostó sobre su jergón y se puso a pensar en su adorada.

Al poco rato se quedó dormido.

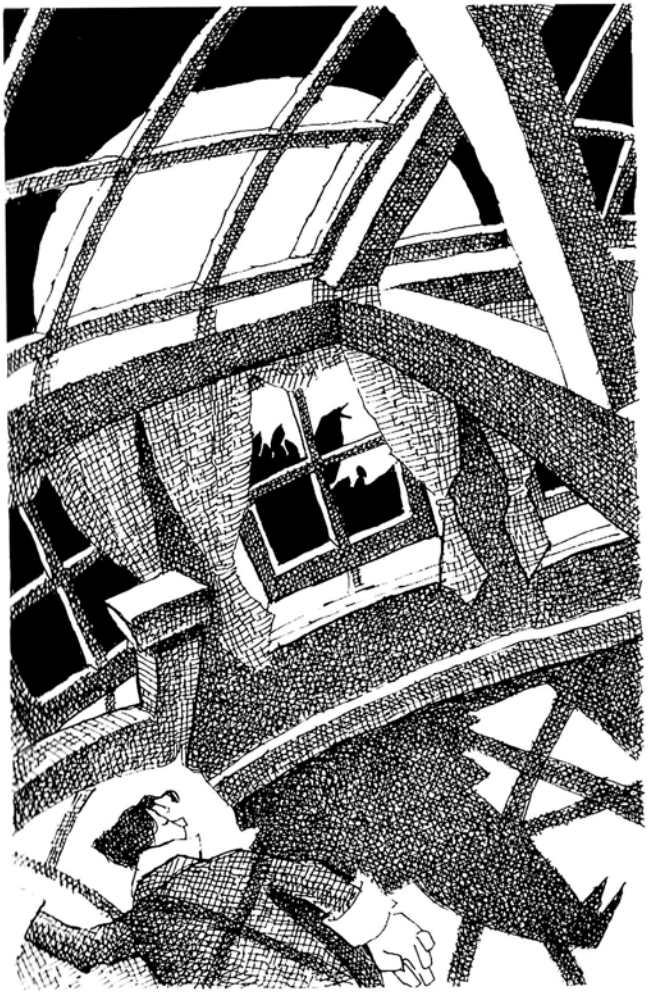
Y cuando la luna brillaba en los cielos, el ruiseñor voló al rosal y colocó su pecho contra las espinas.

Y toda la noche cantó con el pecho apoyado sobre las espinas; y la fría luna de cristal se detuvo y estuvo escuchando toda la noche.

Cantó durante la noche entera; las espinas penetraron cada vez más en su pecho, mientras la sangre de su vida fluía de su pecho.

Al principio cantó el nacimiento del amor en el corazón de un joven y de una muchacha; y sobre la rama más alta del rosal floreció una rosa maravillosa, pétalo tras pétalo, canción tras canción.

Primero era pálida como la bruma que flota



CamScanner

sobre el río, pálida como los pies de la mañana y argentada como las alas de la aurora.

La rosa que florecía sobre la ramas más altas del rosal parecía la sombra de una rosa en un espejo de plata, la sombra de la rosa en un lago.

Pero el rosal gritó al ruiseñor que se apretase más contra las espinas.

—Apriétate más, ruiseñor —le decía—, o llegará el día antes que la rosa esté terminada.

Entonces el ruiseñor se apretó más contra las espinas y su canto fluyó más sonoro, porque cantaba el nacimiento de la pasión en el alma de un hombre y de una virgen.

Y un delicado rubor apareció sobre los pétalos de la rosa, lo mismo que enrojece la cara de un enamorado que besa los labios de su prometida.

Pero las espinas no habían llegado aún al corazón del ruiseñor; por eso el corazón de la rosa seguía blanco: porque sólo la sangre de un ruiseñor puede colorear el corazón de una rosa.

Y el rosal gritó al ruiseñor que se apretase más contra las espinas.

—Apriétate más, ruiseñor —le repetía—, o llegará el día antes que la rosa esté terminada.

Entonces el ruiseñor se apretó aun más contra las espinas, y las espinas tocaron su corazón y él sintió en su interior un cruel tormento de dolor.

Cuanto más cruel era su dolor, más impetuoso salía su canto, porque cantaba el amor sublimado por la muerte; el amor que no termina en la tumba.

Y la rosa maravillosa enrojeció como las rosas de Bengala. Purpúreo era el color de los pétalos y purpúreo como un rubí era su corazón.

Pero la voz del ruiseñor desfalleció. Sus breves alas empezaron a batir y una nube se extendió sobre sus ojos.

Su canto se fue debilitando cada vez más. Sintió que algo se le ahogaba en la garganta.

Entonces su canto tuvo un último destello. La blanca luna lo oyó y olvidándose de la aurora se detuvo en el cielo.

La rosa roja lo oyó; tembló toda ella de arrobamiento y abrió sus pétalos al aire frío del alba.

CamScanner

El eco lo condujo hacia su caverna purpúrea de las colinas, despertando de sus sueños a los rebaños dormidos.

El canto flotó entre los cañaverales del río, que llevaron su mensaje al mar.

—Mira, mira —gritó el rosal—, ya está terminada la rosa.

Pero el ruiseñor no respondió: yacía muerto sobre las altas hierbas, con el corazón traspasado de espinas.

A mediodía el estudiante abrió su ventana y miró hacia afuera.

—¡Qué extraña buena suerte! —exclamó—. ¡He aquí una rosa roja! No he visto una rosa semejante en toda mi vida. Es tan bella, que estoy seguro de que debe tener en latín un nombre enrevesado.

E inclinándose, la cogió.

Inmediatamente se puso el sombrero y corrió a casa del profesor, llevando en su mano la rosa.

La hija del profesor estaba sentada a la puerta. Devanaba seda azul sobre un carrete, con un perrito echado a sus pies.

—Dijiste que bailarías conmigo si te traía una rosa roja —le dijo el estudiante—. Aquí tienes la rosa más roja del mundo. Esta noche la prenderás cerca de tu corazón, y cuando bailemos juntos, ella te dirá cuánto te quiero.

Pero la joven frunció las cejas.

—Temo que esta rosa no armonice bien con mi vestido —respondió—. Además, el sobrino del chambelán me ha enviado varias joyas de verdad, y ya se sabe que las joyas cuestan más que las flores.

—¡Oh, qué ingrata eres! —dijo el estudiante lleno de cólera.

Y tiró la rosa al arroyo.

Un pesado carro la aplastó.

—¡Ingrata! —dijo la joven—. Te diré que te portas como un grosero; y después de todo, ¿qué eres? Un simple estudiante. ¡Bah! No creo que puedas tener nunca hebillas de plata en los zapatos como las del sobrino del chambelán.

Y levantándose de su silla, se metió en su casa.

CamScanner

"¡Qué tontería es el amor! —se decía el estudiante a su regreso—. No es ni la mitad de útil que la lógica, porque no puede probar nada; habla siempre de cosas que no sucederán y hace creer a la gente cosas que no son ciertas. Realmente, no es nada práctico, y como en nuestra época todo estriba en ser práctico, voy a volver a la filosofía y al estudio de la metafísica."

Y dicho esto, el estudiante, una vez en su habitación, abrió un gran libro polvoriento y se puso a leer.

El gigante egoísta

Cuando volvían del colegio, cada tarde, los niños tenían la costumbre de ir a jugar al jardín del gigante.

Era un jardín grande y solitario, con un suave y verde césped. Brillaban hermosas flores sobre el suelo, y había doce durazneros que en primavera se cubrían con delicadas flores de un blanco rosado y que en otoño daban jugosos frutos.

Los pájaros, posados sobre las ramas, cantaban tan deliciosamente, que los niños solían interrumpir sus juegos para escucharlos.

CamScanner

—¡Qué felices somos aquí! —se decían unos a otros.

Un día volvió el gigante. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, y se quedó siete años en su casa. Al cabo de los siete años dijo todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió volver a su castillo.

Al llegar, vio a los niños que jugaban en su jardín.

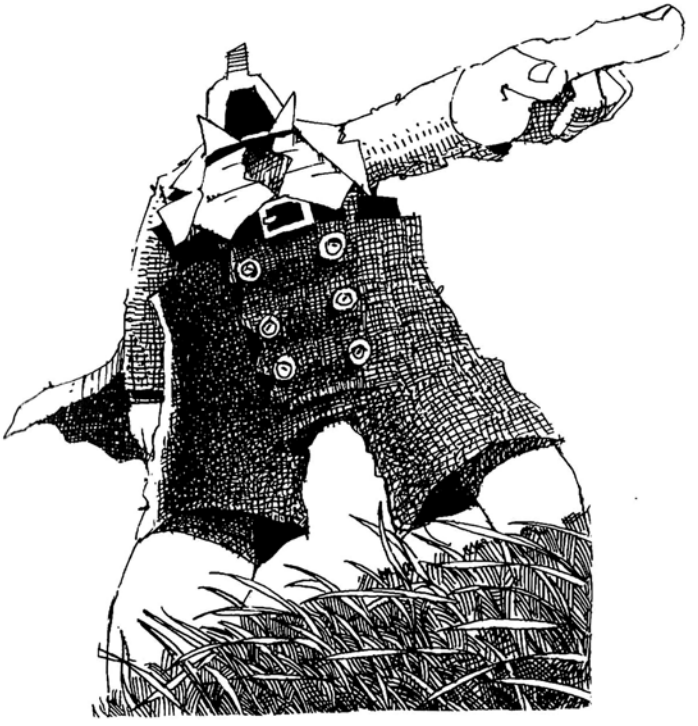
—¿Qué hacen ahí? —les gritó con voz desagradable.

Los niños huyeron.

—Mi jardín es para mí solo —prosiguió el gigante—. Todos deben entenderlo así, y no permitiré que nadie que no sea yo se divierta en él.

Entonces lo cercó con altas murallas y puso el siguiente cartelón:

SE PROHÍBE LA ENTRADA
BAJO LAS PENAS LEGALES
CORRESPONDIENTES



CamScanner

Era un gigante egoísta.

Los pobres niños no tenían ya sitio de recreo.

Intentaron jugar en la carretera; pero la carretera estaba muy polvorienta, toda llena de agudas piedras, y no les agradaba.

Tomaron la costumbre de pasearse, una vez terminadas sus lecciones, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

Entonces llegó la primavera y el país se llenó de pájaros y florecillas.

Sólo en el jardín del gigante egoísta continuaba siendo invierno.

Los pájaros, desde que no había niños, no tenían interés en cantar y los árboles no se acordaban de florecer.

En cierta ocasión una linda flor levantó su cabeza sobre el césped; pero al ver el cartelón se entristeció tanto pensando en los niños, que se dejó caer a tierra, volviéndose a dormir.

Los únicos que estaban contentos eran el hielo y la nieve.

—La primavera se ha olvidado de este jardín —exclamaban—. Gracias a esto vamos a vivir en él todo el año.

La nieve extendió su gran manto blanco sobre el césped y el hielo vistió de plata todos los árboles.

Entonces invitaron al viento Norte a que viniese a pasar una temporada con ellos.

El viento Norte aceptó y vino. Estaba envuelto en pieles. Aullaba durante todo el día por el jardín, derribando chimeneas a cada momento.

—Éste es un sitio delicioso —decía—. Invitemos también al granizo.

Y llegó también el granizo.

Todos los días, durante tres horas, tocaba el tambor sobre la techumbre del castillo, hasta que rompió muchas tejas. Entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín, lo más de prisa que pudo. Iba vestido de gris y su aliento era de hielo.

—No comprendo por qué la primavera tarda tanto en llegar —decía el gigante egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín blanco y frío—. ¡Ojalá cambie el tiempo!

CamScanner

Pero la primavera no llegaba, ni el verano tampoco.

El otoño trajo frutos de oro a todos los jardines, pero no dio ninguno al del gigante.

—Es demasiado egoísta —dijo.

Y seguía el invierno en casa del gigante, y el viento Norte, el granizo, el hielo y la nieve danzaban en medio de los árboles.

Una mañana, el gigante acostado en su lecho, pero ya despierto, oyó una música deliciosa. Sonó tan dulcemente en sus oídos, que le hizo imaginarse que los músicos del rey pasaban por allí.

En realidad, era un pardillo que cantaba ante su ventana; pero como no había oído a un pájaro en su jardín hacía mucho tiempo, le pareció la música más bella del mundo.

Entonces el granizo dejó de bailar sobre su cabeza y el viento Norte de rugir. Un perfume delicioso llegó hasta él por la ventana abierta.

—Creo que ha llegado al fin la primavera —dijo el gigante.

Y saltando de la cama se asomó a mirar por la ventana. ¿Y qué vio?

Pues vio un espectáculo extraordinario.

Por una brecha abierta en el muro, los niños se habían deslizado en el jardín, encaramándose a las ramas. Sobre todos los árboles que alcanzaba a ver el gigante, había un niño, y los árboles se sentían tan dichosos de sostener nuevamente a los niños, que se habían cubierto de flores y agitaban graciosamente sus brazos sobre las cabezas infantiles.

Los pájaros revoloteaban cantando con delicia y las flores reían irguiendo sus cabezas sobre el césped.

Era un cuadro precioso.

Sólo en un rincón, en el rincón más apartado del jardín, seguía siendo invierno.

Allí se encontraba un niño muy pequeño. Tan pequeño era, que no había podido llegar a las ramas del árbol y se paseaba a su alrededor llorando amargamente.

El pobre árbol estaba aún cubierto de hielo y

CamScanner

de nieve, y el viento Norte soplaba y rugía por encima de él.

—Sube ya, muchacho —decía el árbol.

Y le alargaba sus ramas, inclinándose todo lo que podía, pero el niño era demasiado pequeño.

El corazón del gigante se enterneció.

"¡Qué egoísta he sido! —pensó—. Ya sé por qué la primavera no ha querido llegar hasta aquí. Voy a colocar a ese pobre pequeñuelo sobre la cima del árbol, luego echaré abajo el muro, y mi jardín será desde ahora el sitio de recreo de los niños."

Estaba verdaderamente arrepentido de lo que había hecho.

Entonces bajó las escaleras, abrió nuevamente la puerta y entró en el jardín.

Pero cuando los niños lo vieron, se aterrorizaron tanto que huyeron y el jardín se cubrió nuevamente de nieve y de hielo.

Únicamente el niño pequeñito no había huido, porque sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no lo vio venir.

CamScanner

El gigante se acercó a él, lo cogió cariñosamente y lo depositó sobre el árbol.

Y el árbol inmediatamente floreció, los pájaros vinieron a posarse y a cantar sobre él y el niño extendió sus brazos, rodeó con ellos el cuello del gigante y lo besó.

Los otros niños, viendo que el gigante ya no era malo, se acercaron y la primavera los acompañó.

—Desde ahora este jardín es de ustedes, pequeñuelos —dijo el gigante.

Y cogiendo un martillo muy grande, echó abajo el muro.

Así, cuando los campesinos fueron a mediodía al mercado, vieron al gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que pueda imaginarse.

Estuvieron jugando durante todo el día, y por la noche fueron a despedirse del gigante.

—Pero, ¿dónde está el compañerito de ustedes? —les preguntó—. ¿Aquel muchacho que subí al árbol?

A él era a quien quería más el gigante, porque le había abrazado y besado.

—No sabemos —respondieron los niños—; se ha ido.

—Díganle que venga mañana sin falta —repuso el gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían dónde vivía y que hasta entonces no lo habían visto nunca.

El gigante se quedó muy triste. Todas las tardes, a la salida del colegio, venían los niños a jugar con el gigante, pero éste ya no volvió a ver al pequeñuelo a quien quería tanto. Era muy bondadoso con todos los niños, pero echaba de menos a su primer amiguito y hablaba de él con frecuencia.

—¡Cómo me gustaría verlo! —solía decir.

Pasaron los años y el gigante envejeció y fue debilitándose. Ya no podía tomar parte en los juegos; permanecía sentado en un gran sillón viendo jugar a los niños y admirando su jardín.

—Tengo muchas flores bellas —decía—,

CamScanner

pero los niños son las flores más bellas de todas.

Una mañana de invierno, mientras se vestía, miró por la ventana.

Ya no detestaba el invierno; sabía que no es sino el sueño de la primavera y el reposo de las flores.

De pronto se frotó los ojos atónito, y miró con atención.

Realmente era una visión maravillosa. En un extremo del jardín había un árbol casi cubierto de flores blancas. Sus ramas eran todas de oro y colgaban de ella frutos de plata; bajo el árbol aquel estaba el pequeñuelo a quien tanto quería.

El gigante se precipitó por las escaleras lleno de alegría y entró en el jardín. Corrió por el césped y se acercó al niño. Y cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de cólera y exclamó:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

En las palmas de la mano del niño y en sus piececitos se veían las señales sangrientas de los clavos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el

CamScanner

gigante—. Dímelo. Iré a coger mi espada y lo mataré.

—No —respondió el niño—, éstas son las heridas del Amor.

—¿Y quién es ése? —dijo el gigante.

Un temor respetuoso le invadió, haciéndole caer de rodillas ante el pequeñuelo.

El niño sonrió al gigante y le dijo:

—Me dejaste jugar una vez en tu jardín. Hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando llegaron los niños aquella tarde, encontraron al gigante tendido, muerto, bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.

El Príncipe Feliz

En la parte más alta de la ciudad, sobre un pequeño pedestal, se alzaba la estatua del Príncipe Feliz.

Estaba enteramente revestida de madreselva de oro fino. Sus ojos eran dos centelleantes zafiros y un gran rubí rojo ardía en el puño de su espada.

Por todo esto era muy admirada.

—Es tan hermoso como una veleta —observó uno de los miembros del concejo que deseaba ser considerado como entendido en arte—. Ahora, no es tan útil —añadió, temiendo que lo tomaran por un hombre poco práctico.

CamScanner

Y realmente no lo era.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? —preguntaba una madre cariñosa a su hijito, que pedía la luna—. El Príncipe Feliz no hubiera pensado nunca en pedir nada gritando de ese modo.

—Me hace dichoso ver que hay en el mundo alguien que es completamente feliz —murmuraba un hombre fracasado, contemplando la estatua maravillosa.

—La verdad es que parece un ángel —decían los niños del orfelinato al salir de la catedral, vestidos con sus soberbias capas escarlatas y sus lindas chaquetas blancas.

—¿En qué lo conocen —replicaba el profesor de matemáticas—, si no han visto nunca uno?

—¡Oh! Los hemos visto en sueños —respondieron los niños.

Y el profesor de matemáticas fruncía las cejas, adoptando un severo aspecto, porque a él no le parecía bien que unos niños se permitiesen soñar.

Una noche voló sin descanso una Golondrina hacia la ciudad.

Hacía seis semanas que sus amigas habían partido para Egipto, pero ella se quedó atrás.

Estaba enamorada del más hermoso de los juncos. Lo encontró al comienzo de la primavera, cuando volaban sobre el río persiguiendo a una gran mariposa amarilla, y su talle esbelto la atrajo de tal modo, que amainó el vuelo para hablarle.

—¿Quieres que te ame? —dijo la Golondrina, que no se andaba con rodeos.

Y el Junco le hizo un profundo saludo.

Entonces la Golondrina revoloteó a su alrededor, rozando el agua con sus alas y trazando estelas de plata.

Era su manera de hacer la corte. Y así transcurrió todo el verano.

—Es un enamoramiento ridículo —gorjeaban las otras golondrinas—. Ese Junco es un pobretón y tiene una familia muy numerosa.

Pues, en efecto, todo el río estaba cubierto de juncos. Cuando llegó el otoño, todas las golondrinas emprendieron el vuelo.

Una vez que se fueron, la enamorada se sin-

CamScanner

tió muy sola y empezó a cansarse de su amante.

"No sabe hablar —decía ella—. Y, además, temo que sea inconstante, porque coquetea sin cesar con la brisa."

Y realmente, cuantas veces soplaba la brisa, el Junco hacía las más graciosas reverencias.

"Veo que es muy casero —murmuraba la Golondrina—. A mí me gustan los viajes. Por lo tanto, al que me ame le debe gustar viajar conmigo."

—¿Quieres seguirme? —preguntó por último la Golondrina al Junco.

Pero el Junco movió la cabeza. Estaba demasiado atado a su hogar.

—¡Te has burlado de mí! —le gritó la Golondrina—. Me marcho a las pirámides. ¡Adiós!

Y la Golondrina se fue.

Voló durante todo el día y al caer la noche llegó a la ciudad.

"¿Dónde buscaré un abrigo? —se dijo—. Supongo que la ciudad habrá hecho preparativos para recibirme."

Entonces divisó la estatua sobre la columnita.

—Voy a cobijarme allí —gritó—. El sitio es bonito y ahí hace fresco.

Y se dejó caer precisamente entre los pies del Príncipe Feliz.

"Tengo una habitación dorada", se dijo quedamente, después de mirar alrededor.

Y se dispuso a dormir.

Pero al ir a colocar su cabeza bajo el ala, le cayó encima una pesada gota de agua.

—¡Qué curioso! —exclamó—. No hay una sola nube en el cielo, las estrellas están claras y brillantes, ¡y, sin embargo, llueve! El clima del norte de Europa es verdaderamente extraño. Al Junco le gustaba la lluvia; pero en él era puro egoísmo.

Entonces cayó una nueva gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? —dijo la Golondrina—. Voy a buscar un buen copete de chimenea.

Y se dispuso a volar más lejos. Pero antes que abriese las alas cayó una tercera gota.

CamScanner

La Golondrina miró hacia arriba y vio... ¡Ah, lo que vio!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban arrasados de lágrimas, que corrían por sus mejillas de oro.

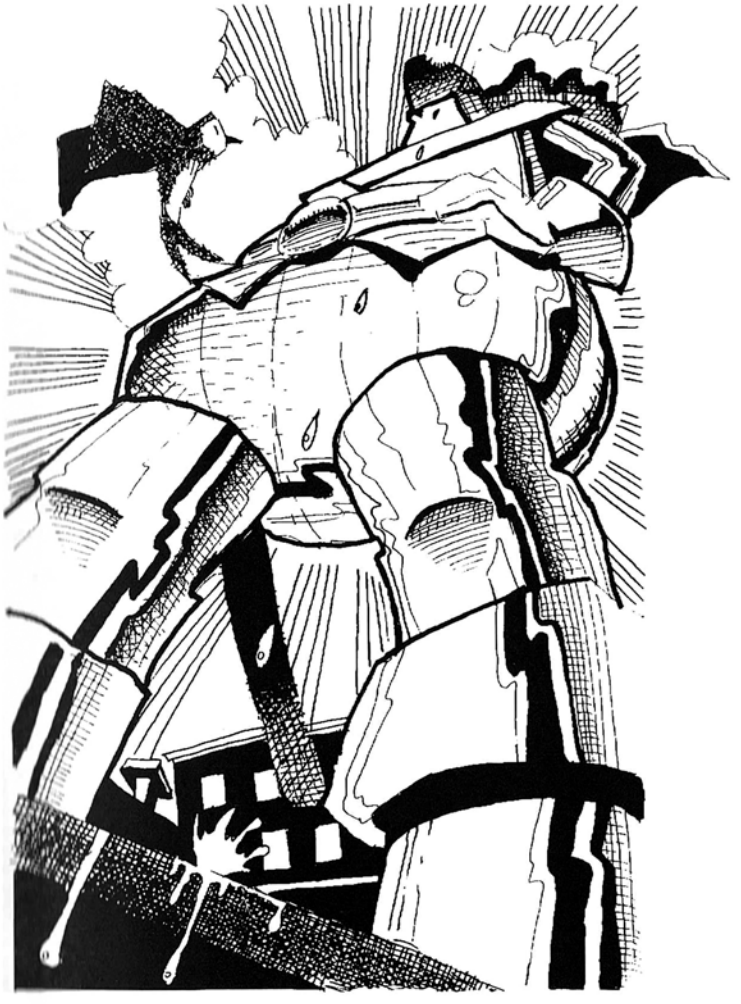
Su rostro era tan bello a la luz de la luna, que la Golondrina se sintió llena de piedad.

—¿Quién eres? —dijo.

—Soy el Príncipe Feliz.

—Entonces, ¿por qué lloras de ese modo? —preguntó la Golondrina—. Me has dejado casi empapada.

—Cuando yo estaba vivo y tenía un corazón de hombre —dijo la estatua—, no sabía lo que eran las lágrimas, porque vivía en el Palacio de la Despreocupación, en el que no se permite la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín y por la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín se alzaba una muralla muy alta, pero nunca me preocupó lo que había detrás de ella, pues todo cuanto me rodeaba era hermosísimo. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz, y, en verdad, yo era feliz, si es que



CamScanner

el placer es la felicidad. Así viví y así morí, y ahora que estoy muerto me han elevado tanto, que puedo ver todas las fealdades y todas las miserias de mi ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no me queda más recurso que llorar.

"¡Cómo! ¿No es de oro de buena ley?", pensó la Golondrina para sus adentros, pues estaba demasiado bien educada para hacer observaciones en voz alta sobre las personas.

—Allí abajo —continuó la estatua con su voz leve y musical—, allí abajo, en una callejuela, hay una pobre vivienda. Una de sus ventanas está abierta y por ella puedo ver a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está enflaquecido y ajado. Tiene las manos hinchadas y enrojecidas, llenas de pinchazos de aguja, porque es costurera. Borda pasionarias sobre un vestido de raso que debe lucir en el próximo baile de corte la más bella de las damas de honor de la reina. Sobre un lecho, en el rincón del cuarto, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre y pide naranjas. Su madre no puede darle más que agua del río, y por ello llora.

Golondrina, Golondrinita, ¿no quieres llevarle el rubí del puño de mi espada? Mis pies están sujetos al pedestal y no me puedo mover.

—Me esperan en Egipto —respondió la Golondrina—. Mis amigas revolotean de aquí para allá sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos. Pronto irán a dormir al sepulcro del Gran Rey. El mismo rey está allí en su caja de madera, envuelto en una tela amarilla y embalsamado con sustancias aromáticas. Tiene una cadena de jade verde pálido alrededor del cuello y sus manos son como unas hojas secas.

—Golondrina, Golondrina, Golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche y serás mi mensajera? ¡Tiene tanta sed el niño y tanta tristeza la madre!

—No creo que me agraden los niños —contestó la Golondrina—. El invierno pasado, cuando yo vivía a orillas del río, dos muchachos mal educados, los hijos del molinero, se pasaban el tiempo tirándome piedras. Claro que no me alcanzaban. Nosotras, las golondrinas, volamos

CamScanner

demasiado bien para eso y además yo pertenezco a una familia célebre por su agilidad; pero a pesar de todo era una falta de respeto.

La mirada del Príncipe Feliz era tan triste, que la Golondrina se quedó apenada.

—Mucho frío hace aquí —le dijo—, pero me quedaré una noche contigo y seré tu mensajera.

—Gracias, Golondrinita —respondió el Príncipe.

Entonces la Golondrina arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe y, llevándolo en el pico, voló por sobre los tejados de la ciudad.

Pasó sobre la torre de la catedral, donde había unos ángeles esculpidos en mármol blanco.

Pasó sobre el palacio real y oyó la música de baile.

Una bella muchacha apareció en el balcón con su novio.

—¡Qué hermosas son las estrellas —le dijo—, y qué poderosa es la fuerza del amor!

—Quisiera que mi vestido estuviese acabado para el baile oficial —respondió ella—. He mandado bordar en él unas pasionarias, ¡pero son tan perezosas las costureras!

Pasó sobre el río y vio los fanales colgados en los mástiles de los barcos. Pasó sobre el *ghetto* y vio a los judíos viejos negociando entre ellos y pesando monedas en balanzas de cobre.

Al fin llegó a la pobre vivienda y echó un vistazo dentro. El niño se agitaba febrilmente en su camita y la madre se había quedado dormida de cansancio.

La Golondrina entró en la habitación y puso el gran rubí sobre la mesa, encima del dedal de la costurera. Luego revoloteó suavemente alrededor del lecho, abanicando con sus alas la cara del niño.

—¡Qué fresco más dulce siento! —murmuró el niño—. Debo estar mejor.

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la Golondrina se dirigió a todo vuelo hacia el Príncipe Feliz y le contó lo que había hecho.

—Es curioso —observó ella—, pero ahora

CamScanner

casi siento calor, y, sin embargo, hace mucho frío.

Y la Golondrina empezó a reflexionar y entonces se durmió.

Cuantas veces reflexionaba, se dormía.

Al despuntar el alba voló hacia el río y tomó un baño.

—¡Notable fenómeno! —exclamó el profesor de ornitología que pasaba por el puente—. ¡Una golondrina en invierno!

Y escribió sobre aquel tema una larga carta a un periódico local.

Todo el mundo la citó. ¡Estaba plagada de palabras que no se podían comprender!...

"Esta noche parto para Egipto", se decía la Golondrina.

Y sólo de pensarlo se ponía muy contenta.

Visitó todos los monumentos públicos y descansó un gran rato sobre la punta del campanario de la iglesia.

Por todas partes adonde iba piaban los gorriones, diciéndose unos a otros:

—¡Qué extranjera más distinguida!

CamScanner

Y esto la llenaba de gozo. Al salir la luna, volvió a todo vuelo hacia el Príncipe Feliz.

—¿Tienes algún encargo para Egipto? —le gritó—. Voy a emprender el vuelo.

—Golondrina, Golondrina, Golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás otra noche conmigo?

—Me esperan en Egipto —respondió la Golondrina—. Mañana mis amigas volarán hasta la segunda catarata. Allí el hipopótamo se acuesta entre los juncos y el dios Memnón se alza sobre un gran trono de granito. Acecha a las estrellas durante toda la noche, y cuando brilla Venus, lanza un grito de alegría y luego se calla. A mediodía, los rojizos leones bajan a beber a la orilla del río. Sus ojos son verdes aguamarinas y sus rugidos dominan a los rugidos de la catarata.

—Golondrina, Golondrina, Golondrinita —dijo el Príncipe—, allá abajo, al otro lado de la ciudad, veo a un joven en una buhardilla. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles y en un vaso a su lado hay un ramo de violetas marchitas. Su cabello es negro y rizoso y sus labios son rojos como pepas de granada. Tiene unos grandes ojos soñadores. Trata de terminar una obra para el director del teatro, pero tiene demasiado frío para seguir escribiendo. No hay fuego ninguno en el aposento y el hambre lo ha rendido.

—Me quedaré otra noche contigo —dijo la Golondrina, que tenía realmente buen corazón—. ¿Debo llevarle otro rubí?

—¡Ay! No tengo más rubíes —dijo el Príncipe—. Mis ojos son lo único que me queda. Son unos zafiros extraordinarios traídos de la India hace miles de años. Arráncame uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, se comprará alimentos y combustible, y concluirá su obra.

—Amado Príncipe —dijo la Golondrina—, eso no lo puedo hacer yo.

Y se echó a llorar.

—¡Golondrina, Golondrina, Golondrinita! —dijo el Príncipe—. Haz lo que te pido.

Entonces la Golondrina arrancó un ojo del Príncipe y voló hacia la buhardilla del estudiante

CamScanner

Era fácil penetrar en ella porque había un agujero en el techo. La Golondrina entró por él como una flecha y se encontró en la habitación.

El joven tenía la cabeza entre las manos. No oyó el aleteo del pájaro, y cuando levantó la cabeza, vio el hermoso zafiro colocado sobre las violetas marchitas.

—Empiezo a ser estimado —exclamó—. Esto proviene de algún rico admirador. Ahora puedo terminar la obra.

Y parecía felicísimo.

Al día siguiente la Golondrina voló hacia el puerto.

Descansó sobre el mástil de un gran navío y contempló a los marineros, que sacaban enormes cajas de la cala tirando de unos cabos.

—¡Ah, iza! —gritaban a cada caja que llegaba al puente.

—¡Me voy a Egipto! —les gritó la Golondrina.

Pero nadie le hizo caso, y al salir la luna volvió hacia el Príncipe Feliz.

—He venido para decirte adiós —le dijo.

—¡Golondrina, Golondrina, Golondrinita! —exclamó el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche más?

—Es invierno —replicó la Golondrina—, y pronto estará aquí la nieve glacial. En Egipto calienta el sol sobre las palmeras verdes. Los cocodrilos, acostados en el barro, miran perezosamente a los árboles, a orillas del río. Mis compañeras construyen nidos en el templo de Baalbeck. Las palomas rosadas y blancas las siguen con la mirada mientras se arrullan. Amado Príncipe, tengo que dejarte, pero no te olvidaré nunca y la primavera próxima te traeré de allá dos bellas piedras preciosas para que sustituyan a las que diste. El rubí será más rojo que una rosa roja y el zafiro será tan azul como el océano.

—Allá abajo, en la plazoleta —contestó el Príncipe Feliz—, tiene su puesto una niña vendedora de fósforos. Se le han caído los fósforos al arroyo, estropeándose todos. Su padre le pegará si no lleva algún dinero a casa, y está llorando.

CamScanner

No tiene ni medias ni zapatos y lleva la cabecita al descubierto. Arráncame el otro ojo, dáselo, y su padre no le pegará.

—Pasaré otra noche contigo —dijo la Golondrina—, pero no puedo arrancarte el ojo, porque entonces te quedarías ciego del todo.

—¡Golondrina, Golondrina, Golondrinita! —dijo el Príncipe—. Haz lo que te mando.

Entonces la Golondrina arrancó el segundo ojo del Príncipe y emprendió el vuelo llevándoselo.

Se posó sobre el hombro de la vendedora de fósforos y deslizó la joya en la palma de su mano.

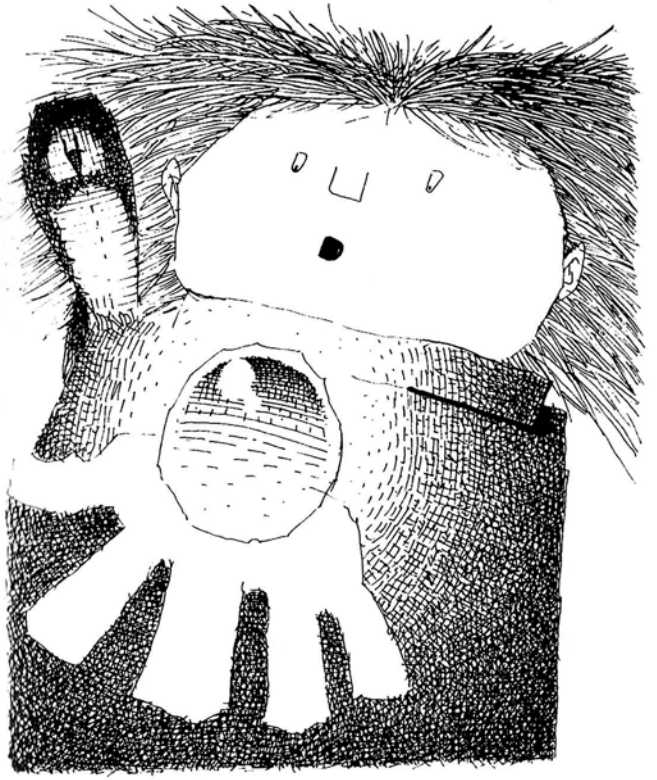
—¡Qué bonito pedazo de cristal! —exclamó la niña.

Y corrió a su casa muy alegre.

Entonces la Golondrina volvió de nuevo hacia el Príncipe.

—Ahora estás ciego. Por eso me quedaré contigo para siempre.

—No, Golondrinita —dijo el Príncipe—. Tienes que ir a Egipto.



CamScanner

—Me quedaré contigo para siempre —dijo la Golondrina.

Y se durmió entre los pies del Príncipe. Al día siguiente se colocó sobre el hombro del Príncipe y le refirió lo que había visto en países extraños.

Le habló de los ibis rosados que se colocan en largas filas a orillas del Nilo y pescan a picotazos peces de oro; de la esfinge, que es tan vieja como el mundo, vive en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes que van despaciosos junto a sus camellos, pasando las cuentas de unos rosarios de ámbar; del rey de las montañas de la Luna, que es negro como el ébano y que adora un gran bloque de cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y que es alimentada con pastelitos de miel por veinte sacerdotes, y de los pigmeos que navegan por un gran lago sobre anchas hojas y están siempre en guerra con las mariposas.

—Querida Golondrinita —dijo el Príncipe—, me cuentas cosas maravillosas, pero más

maravilloso aún es lo que soportan los hombres y las mujeres. No hay misterio más grande que la miseria. Vuela por mi ciudad, Golondrinita, y dime lo que veas.

Entonces la Golondrina voló por la gran ciudad y vio a los ricos que se festejaban en sus magníficos palacios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas.

Voló por los barrios oscuros y vio las pálidas caras de los niños hambrientos que miraban indiferentes las calles sombrías.

Bajo los arcos de un puente estaban acostados dos niñitos abrazados uno a otro para calentarse.

—¡Qué hambre tenemos! —decían.

—¡No pueden estar tumbados aquí! —les gritó un guardia.

Ellos se alejaron bajo la lluvia.

Entonces la Golondrina reanudó su vuelo y fue a contar al Príncipe lo que había visto.

—Estoy cubierto de oro fino —dijo el Príncipe—; despréndelo hoja por hoja y dáselo a mis

CamScanner

pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede hacerlos felices.

Hoja por hoja arrancó la Golondrina el oro fino hasta que el Príncipe Feliz se quedó sin brillo ni belleza.

Hoja por hoja lo distribuyó entre los pobres, y las caritas de los niños se tornaron nuevamente sonrosadas y rieron y jugaron por la calle.

—¡Ya tenemos pan! —gritaban.

Entonces llegó la nieve, y después de la nieve, el hielo.

Las calles parecían empedradas de plata de tanto como relucían.

Largos carámbanos, semejantes a puñales de cristal, pendían de los tejados de las casas. Todo el mundo se cubría de pieles y los niños llevaban gorritos rojos y patinaban sobre el hielo.

La pobre Golondrina tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al Príncipe: lo amaba demasiado para hacerlo.

Picoteaba las migas a la puerta del panadero cuando éste no la veía e intentaba calentarse batiendo las alas.

Pero, al fin, sintió que iba a morir. No tuvo fuerzas más que para volar una vez sobre el hombro del Príncipe.

—¡Adiós, amado Príncipe! —murmuró—. Permíteme que te bese la mano.

—Me da mucha alegría que partas por fin para Egipto, Golondrina —dijo el Príncipe—. Has permanecido aquí demasiado tiempo. Pero tienes que besarme en los labios, porque te amo.

—No es a Egipto adonde voy a ir —dijo la Golondrina—. Voy a ir a la morada de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño, ¿verdad?

Y besando al Príncipe Feliz en los labios, cayó muerta a sus pies.

En el mismo instante se oyó un extraño crujido en el interior de la estatua, como si se hubiera roto algo.

La coraza de bronce se había partido en dos. Realmente hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el alcalde se paseaba por la plazoleta con dos concejales de la ciudad.

CamScanner

Al pasar junto al pedestal, levantó los ojos hacia la estatua.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué andrajoso parece el Príncipe Feliz!

—¡Sí, está verdaderamente andrajoso! —dijeron los concejales de la ciudad, que eran siempre de la opinión del alcalde.

Y levantaron la cabeza para mirar la estatua.

—El rubí de su espada se ha caído y ya no tiene ojos ni es dorado —dijo el alcalde—. En resumidas cuentas, que está lo mismo que un mendigo.

—¡Lo mismo que un mendigo! —repitieron a coro los concejales.

—Y tiene a sus pies un pájaro muerto —prosiguió el alcalde—. Realmente habrá que promulgar un bando prohibiendo a los pájaros que se mueran aquí.

El secretario del ayuntamiento tomó nota de aquella idea.

Y la estatua del Príncipe Feliz fue derribada.

—Ya que ha dejado de ser bello, ¿para qué sirve? —dijo el profesor de estética de la universidad.

Entonces fundieron la estatua en un horno y el alcalde reunió al concejo en sesión para decidir lo que debía hacerse con el metal.

—Podríamos —propuso— hacer otra estatua. La mía, por ejemplo.

—O la mía —dijo cada uno de los concejales.

Y acabaron peleándose.

—¡Qué cosa más rara! —dijo el oficial primero de la fundición—. Este corazón de bronce no quiere fundirse en el horno; habrá que tirarlo como desecho.

Los fundidores lo arrojaron al montón de basura en que yacía la golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad —dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel le llevó el corazón de bronce y el pájaro muerto.

CamScanner

—Has elegido bien —dijo Dios—. En mi jardín del Paraíso este pajarillo cantará eternamente, y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.

El amigo fiel

Una mañana la vieja rata de agua asomó la cabeza por su agujero. Tenía unos ojos redondos muy vivarachos y unos largos bigotes grises. Su cola parecía un elástico negro.

Unos patitos nadaban en el estanque, parecidos a una bandada de canarios amarillos, y su madre, toda blanca con patas rojas, esforzábase en enseñarles a hundir la cabeza en el agua.

—Nunca podrán estrenarse en sociedad si no aprenden a sumergir la cabeza —les decía.

Y les enseñaba de nuevo cómo tenían que hacerlo. Pero los patitos no prestaban ninguna atención a sus lecciones. Eran tan jóvenes que no

CamScanner

sabían las ventajas que reporta la vida en sociedad.

—¡Qué criaturas más desobedientes! —exclamó la rata de agua—. ¡Les estaría bien empleado que se ahogaran!

—¡No lo quiera Dios! —replicó la pata—. Todo tiene sus comienzos y nunca es demasiada la paciencia de los padres.

—¡Ah! No tengo la menor idea de los sentimientos paternos —dijo la rata de agua—. No soy padre de familia. Jamás me he casado, ni he pensado en hacerlo. Indudablemente, el amor es una buena cosa a su manera; pero la amistad vale más. Le aseguro que no conozco en el mundo nada más noble o más raro que una fiel amistad.

—Y dígame, se lo ruego, ¿qué idea se forma usted de los deberes de un amigo fiel? —preguntó un pardillo verde que había escuchado la conversación, posado sobre un sauce retorcido.

—Sí, eso es precisamente lo que quisiera yo saber —dijo la pata, y nadando hacia el extremo del estanque hundió la cabeza en el agua para dar ejemplo a sus hijos.

CamScanner

—¡Qué pregunta más tonta! —gritó la rata de agua—. ¡Como es natural, entiendo por amigo fiel al que me demuestra fidelidad!

—¿Y qué hará usted en cambio? —dijo la avecilla columpiándose sobre una ramita plateada y moviendo sus alitas.

—No lo comprendo a usted —respondió la rata de agua.

—Permítame que le cuente una historia sobre el asunto —dijo el pardillo.

—¿Se refiere a mí esa historia? —preguntó la rata de agua—. Si es así, la escucharé gustosa, porque a mí me vuelven loca los cuentos.

—Puede aplicarse a usted —respondió el pardillo.

Y abriendo las alas, se posó en la orilla del estanque y contó la historia del amigo fiel.

—Había una vez —empezó el pardillo— un honrado mozo llamado Hans.

—¿Era un hombre verdaderamente distinguido? —preguntó la rata de agua.

—No —respondió el pardillo—. No creo que

fuese nada distinguido, excepto por su buen corazón y por su redonda cara morena y afable.

"Vivía en una humilde casita de campo y todos los días trabajaba en su jardín.

"En toda la comarca no había jardín tan hermoso como el suyo. Crecían en él claveles, nomeolvides, saxifragas, así como rosas de Damasco y rosas amarillas, granates, lilas y oro, alelíes rojos y blancos.

"Y según los meses y por su orden, florecían agavanzos y cardaminas, mejoranas y albahacas silvestres, velloritas y lirios de Alemania, asfódelos y claveros.

"Una flor sustituía a otra. Por lo cual había siempre cosas bonitas a la vista y olores agradables que respirar.

"El pequeño Hans tenía muchos amigos, pero el más íntimo era el gran Hugo, el molinero. Realmente, el rico molinero era tan allegado al pequeño Hans, que no visitaba nunca su jardín sin inclinarse sobre los macizos y coger un gran ramo de flores o un buen puñado de lechugas

CamScanner

suculentas o sin llenarse los bolsillos de ciruelas y de cerezas, según la estación.

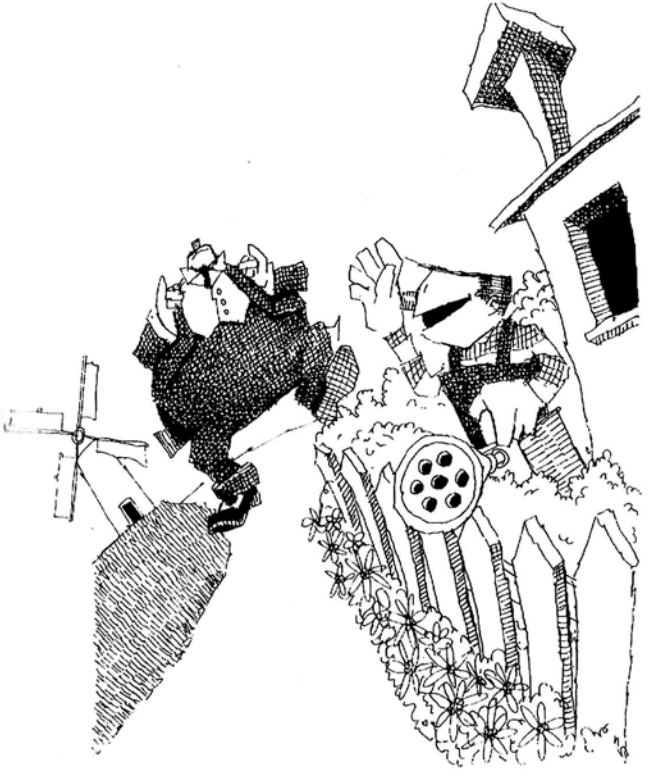
"—Los amigos verdaderos lo comparten todo entre sí —acostumbraba decir el molinero.

"Y el pequeño Hans asentía con la cabeza, sonriente, sintiéndose orgulloso de tener un amigo que pensaba con tanta nobleza.

"Algunas veces, sin embargo, el vecindario encontraba raro que el rico molinero no diese nunca nada en cambio al pequeño Hans, aunque tuviera cien sacos de harina almacenados en su molino, seis vacas lecheras y un gran número de ganado lanar; pero Hans no se preocupó nunca de semejante cosa.

"Nada le encantaba tanto como oír las bellas cosas que el molinero acostumbraba decir sobre la solidaridad de los verdaderos amigos.

"Así, pues, el pequeño Hans cultivaba su jardín. En primavera, en verano y en otoño se sentía muy feliz; pero cuando llegaba el invierno y no tenía ni frutos ni flores que llevar al mercado, padecía mucho frío y mucha hambre, acostán-



CamScanner

dose con frecuencia sin haber comido más que unas peras secas y algunas nueces rancias.

"Además, en invierno se encontraba muy solo, porque el molinero no iba nunca a verlo durante aquella estación.

"—No está bien que vaya a ver al pequeño Hans mientras duren las nieves —decía muchas veces el molinero a su mujer—. Cuando las personas pasan apuros hay que dejarlas solas y no molestarlas con visitas. Ésa es por lo menos mi opinión sobre la amistad, y estoy seguro de que es acertada. Por eso esperaré la primavera y entonces iré a verle; podrá darme un gran cesto de velloritas y eso le alegrará.

"—Eres realmente amable con los demás —le respondía su mujer, sentada en un cómodo sillón junto a un buen fuego de leña—. Resulta encantador oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que el cura no diría sobre ella cosas tan bellas como tú, aunque vive en una casa de tres pisos y lleva un anillo de oro en el meñique.

"—¿Y no podríamos invitar al pequeño Hans

a venir aquí? —preguntaba el hijo del molinero—. Si el pobre Hans pasa apuros, le daré la mitad de mi sopa y le enseñaré mis conejos blancos.

"—¡Qué bobo eres! —exclamó el molinero—. Verdaderamente no sé para qué sirve mandarte a la escuela. Parece que no aprendes nada. Si el pequeño Hans viniese aquí, ¡caramba!, y viera nuestro buen fuego, nuestra excelente cena y nuestro gran barril de vino tinto, podría sentir envidia. Y la envidia es una cosa terrible que estropea los mejores caracteres. Realmente, no podría yo sufrir que el carácter de Hans se estropeara. Soy su mejor amigo, velaré siempre por él y tendré buen cuidado de no exponerle a ninguna tentación. Además, si Hans viniese aquí, podría pedirme que le diese un poco de harina fiada, lo cual no puedo hacer. La harina es una cosa y la amistad es otra, y no deben confundirse. Esas dos palabras se escriben de un modo diferente y significan cosas muy distintas, como todo el mundo sabe.

CamScanner

"—¡Qué bien hablas! —dijo la mujer del molinero sirviéndose un gran vaso de cerveza caliente—. Me siento verdaderamente como adormecida, lo mismo que en la iglesia.

"—Muchos obran bien —replicó el molinero—, pero pocos saben hablar bien, lo que prueba que hablar es, con mucho, la cosa más difícil, así como la más hermosa de las dos.

"Y miró severamente por encima de la mesa a su hijo, que, avergonzado, bajó la cabeza, se puso colorado como un tomate y empezó a llorar encima de su té.

"¡Era tan joven, que bien puede usted perdonarlo!

—¿Ése es el final de la historia? —preguntó la rata de agua.

—Nada de eso —contestó el pardillo—. Ése es el comienzo.

—Entonces quiere decir que está usted muy atrasado con relación a su tiempo —repuso la rata de agua—. Hoy día todo buen cuentista empieza por el final, prosigue por el comienzo y termina por la mitad. Es el nuevo método. Así se lo he

oído decir a un crítico que se paseaba alrededor del estanque con un joven. Trataba el asunto magistralmente y estoy segura de que tenía razón, porque llevaba unas gafas azules y era calvo, y cuando el joven le hacía alguna observación, contestaba siempre: "¡Pse!" Pero continúe usted su historia, por favor. Me agrada mucho el molinero. Yo también encierro toda clase de bellos sentimientos: por eso hay una gran simpatía entre él y yo.

—¡Bien! —dijo el pardillo brincando sobre sus dos patitas—. No bien pasó el invierno, en cuanto las velloritas empezaron a abrir sus estrellas amarillas pálidas, el molinero dijo a su mujer que iba a salir y visitar al pequeño Hans.

"—¡Ah, qué buen corazón tienes! —le gritó su mujer—. Siempre pensando en los demás. No te olvides de llevar el cesto grande para traer las flores.

"Entonces el molinero ató unas con otras las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro y bajó la colina con la cesta al brazo.

CamScanner

"—Buenos días, pequeño Hans —dijo el molinero.

"—Buenos días —contestó Hans, apoyándose en su azadón y sonriendo con toda su boca.

"—¿Y cómo has pasado el invierno? —preguntó el molinero.

"—¡Bien, bien! —repuso Hans—. Muchas gracias por tu interés. He pasado mis malos ratos, pero ahora ha vuelto la primavera y me siento casi feliz... Además, mis flores van muy bien.

"—Hemos hablado de ti con mucha frecuencia este invierno, Hans —prosiguió el molinero—, preguntándonos qué sería de ti.

"—¡Qué amable eres! —dijo Hans—. Temí que me hubieras olvidado.

"—Hans, me sorprende oírte hablar de ese modo —dijo el molinero—. La amistad no olvida nunca. Eso es lo que tiene de admirable, aunque me temo que no comprendas la poesía de la amistad... Y entre paréntesis, ¡qué bellas están tus velloritas!

"—Sí, verdaderamente están muy bellas

CamScanner

—dijo Hans—, y es para mí una gran suerte tener tantas. Voy a llevarlas al mercado, donde las venderé a la hija del alcalde, y con ese dinero compraré otra vez mi carretilla.

"—¿Que comprarás otra vez una carretilla? ¿Quieres decir entonces que la has vendido? Has cometido una tontería.

"—Con toda seguridad, pero el hecho es —replicó Hans— que me vi obligado a ello. Como sabes, el invierno es una estación mala para mí y no tenía ningún dinero para comprar pan. Así es que vendí primero los botones de plata de mi traje de los domingos; luego vendí mi cadena de plata y después mi flauta. Por último vendí mi carretilla. Pero ahora voy a rescatarlo todo.

"—Hans —dijo el molinero—, te daré mi carretilla. No se halla en buen estado. Uno de los lados se ha roto y están algo torcidos los radios de la rueda, pero a pesar de esto te la daré. Sé que es muy generoso por mi parte y a mucha gente le parecerá una locura que me desprenda de ella, pero yo no soy como el resto del mundo. Creo

que la generosidad es la esencia de la amistad, y, además, me he comprado una carretilla nueva. Sí, puedes estar tranquilo... Te daré mi carretilla.

"—Gracias, eres muy generoso —dijo el pequeño Hans. Y su amable cara redonda resplandeció de placer—. Puedo arreglarla fácilmente porque tengo una tabla en mi casa.

"—¡Una tabla! —exclamó el molinero—. ¡Muy bien! Eso es precisamente lo que necesito para la techumbre de mi granero. Hay una gran brecha y se me mojará todo el trigo si no la tapo. ¡Qué oportuno has estado! Realmente es de notar que una buena acción engendra otra siempre. Te he dado mi carretilla y ahora tú vas a darme tu tabla. Claro es que la carretilla vale mucho más que la tabla, pero la amistad sincera no repara nunca en esas cosas. Dame enseguida la tabla y hoy mismo me pondré a la obra para arreglar mi granero.

"—¡Encantado! —replicó el pequeño Hans.

"Fue corriendo a su vivienda y sacó la tabla.

"—No es una tabla muy grande —dijo el

CamScanner

molinero, examinándola—, y me temo que una vez hecho el arreglo de la techumbre del granero no quedará madera suficiente para el arreglo de la carretilla, pero, claro, no tengo la culpa de eso... Y ahora, en vista de que te he dado mi carretilla, estoy seguro de que accederás a darme en cambio unas flores... Aquí tienes el cesto; procura llenarlo casi por completo.

"—¿Casi por completo? —dijo el pequeño Hans, bastante afligido, porque el cesto era de grandes dimensiones y comprendía que si lo llenaba no tendría ya flores para llevar al mercado y estaba deseando rescatar sus botones de plata.

"—¡Válgame Dios! —respondió el molinero—, ya que te doy mi carretilla no creí que fuese mucho pedirte unas cuantas flores. Podré estar equivocado, pero yo me figuré que la amistad, la verdadera amistad, no puede compartirse con el egoísmo.

"—Mi querido amigo, mi mejor amigo —protestó el pequeño Hans—, todas las flores de mi jardín están a tu disposición, porque me importa mucho más tu estimación que mis botones de plata.

"Y corrió a coger las preciosas velloritas y a llenar el cesto del molinero.

"—¡Adiós, pequeño Hans! —dijo el molinero subiendo de nuevo la colina con su tabla al hombro y su gran cesto al brazo.

"—¡Adiós! —dijo el pequeño Hans.

"Y se puso a cavar alegremente: ¡estaba tan contento de tener otra carretilla!

"A la mañana siguiente, cuando estaba sujetando unas madreselvas sobre su puerta, oyó la voz del molinero que lo llamaba desde el camino. Entonces saltó de su escalera y corriendo al final del jardín miró por encima del muro.

"Era el molinero con un gran saco de harina a su espalda.

"—Pequeño Hans —dijo el molinero—, ¿querrías llevarme este saco de harina al mercado?

"—¡Oh, lo siento mucho! —dijo Hans—; pero verdaderamente me encuentro hoy

CamScanner

ocupadísimo. Tengo que sujetar todas mis enredaderas, regar todas mis flores y segar todo mi césped.

"—¡Caramba! —replicó el molinero—; esperaba que en consideración a que te he dado mi carretilla ibas a complacerme.

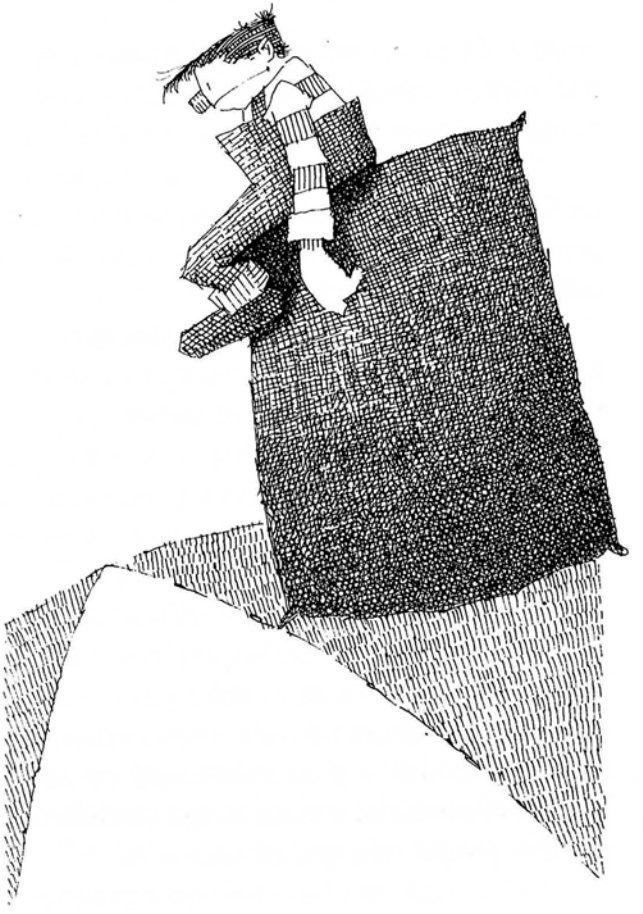
"—¡Oh, sí quiero complacerte! —protestó el pequeño Hans—. Por nada del mundo dejaría yo de obrar como amigo tratándose de ti.

"Y fue a coger su gorra y partió con el gran saco a la espalda.

"Era un día muy caluroso y la carretera estaba terriblemente polvorienta. Antes que Hans llegara al hito que marcaba la sexta milla, se hallaba tan fatigado que tuvo que sentarse a descansar. Sin embargo, no tardó mucho en continuar animosamente su camino y por fin llegó al mercado.

"Después de esperar un rato, vendió el saco de harina a buen precio y regresó a su casa de un tirón, porque temía encontrarse a algún salteador en el camino si se retrasaba mucho.

"¡Qué día tan duro! —se dijo Hans al meter-



CamScanner

se en su cama—. Pero me alegro mucho de haber hecho este favor al molinero, porque es mi mejor amigo y, además, va a darme su carretilla."

"A la mañana siguiente, muy temprano, el molinero llegó por el dinero de su saco de harina, pero el pequeño Hans estaba tan cansado, que aún no se había levantado.

"—¡Palabra! —exclamó el molinero—. Eres muy perezoso. Cuando pienso que acabo de darte mi carretilla, creo que podrías trabajar con más ardor. La pereza es un gran vicio y no quisiera yo que ninguno de mis amigos fuera perezoso o apático. No creas que te hablo sin consideración. Claro es que no te hablaría así si no fuese amigo tuyo. Pero, ¿de qué serviría la amistad si no pudiera uno decir claramente lo que piensa? Todo el mundo puede decir cosas amables y esforzarse en complacer y halagar, pero un amigo sincero dice cosas desagradables y no teme causar pesadumbre. Por el contrario, si es un amigo verdadero, lo prefiere, porque sabe que así hace bien.

"—Lo siento mucho —respondió el pequeño

Hans, restregándose los ojos y quitándose el gorro de dormir—. Pero estaba tan rendido, que creía haberme acostado hace poco y escuchaba cantar a los pájaros. ¿No sabes que trabajo siempre mejor cuando oigo cantar a los pájaros?

"¡Bueno, tanto mejor! —respondió el molinero dándole una palmada en el hombro—, porque necesito que arregles la techumbre de mi granero.

"El pequeño Hans tenía gran necesidad de ir a trabajar a su jardín, porque hacía dos días que no regaba sus flores, pero no quiso decir que no al molinero, que era un buen amigo para él.

"—¿Crees que no sería amistoso decirte que tengo que hacer? —preguntó con voz humilde y tímida.

"—No creí nunca, por cierto —contestó el molinero—, que fuese mucho pedirte, teniendo en cuenta que acabo de regalarte mi carretilla, pero claro es que lo haré yo mismo si te niegas.

"—¡Oh, de ningún modo! —exclamó el pequeño Hans, saltando de su cama.

CamScanner

"Se vistió y fue al granero.

"Trabajó allí durante todo el día hasta el anochecer, y al ponerse el sol vino el molinero a ver hasta dónde había llegado.

"—¿Has tapado el boquete del techo, pequeño Hans? —gritó el molinero con tono alegre.

"—Está casi terminado —respondió Hans, bajando la escala.

"—¡Ah! —dijo el molinero—. No hay trabajo tan delicioso como el que se hace por otro.

"—¡Es un encanto oírte hablar! —respondió el pequeño Hans, que descansaba secándose la frente—. Es un encanto, pero temo que nunca llegaré a tener ideas tan hermosas como las tuyas.

"—¡Oh, ya las tendrás! —dijo el molinero—, pero habrás de tomarte más trabajo. Por ahora no posees más que la práctica de la amistad. Algún día poseerás también la teoría.

"—¿Crees eso de verdad? —preguntó el pequeño Hans.

"—Indudablemente —contestó el molinero—. Y ahora que has arreglado el techo, mejor

será que vuelvas a tu casa a descansar, pues mañana necesito que lleves mis carneros a la montaña.

"El pobre Hans no se atrevió a protestar, y al día siguiente, al amanecer, el molinero condujo sus carneros hasta cerca de su casita y Hans se fue con ellos a la montaña. Entre ir y volver se le fue el día, y cuando regresó estaba tan cansado, que se durmió en su silla y no se despertó hasta entrada la mañana.

"¡Qué tiempo más delicioso tendrá mi jardín", se dijo, e iba a ponerse a trabajar, pero por un motivo u otro no tuvo tiempo de echar un vistazo a sus flores; llegaba su amigo el molinero y le mandaba muy lejos a recados o le pedía que fuese ayudar en el molino. Algunas veces el pequeño Hans se apuraba mucho al pensar que sus flores creerían que las había olvidado, pero se consolaba pensando que el molinero era su mejor amigo.

"Además —acostumbraba decirse—, va a darme su carretilla, lo cual es un acto de puro desprendimiento."

CamScanner

"Y el pequeño Hans trabajaba para el molinero, y éste decía muchas cosas bellas sobre la amistad, cosas que Hans copiaba en su libro verde y que releía por la noche, pues era culto.

"Ahora bien; sucedió que una noche, estando el pequeño Hans sentado junto al fuego, dieron un aldabonazo en la puerta.

"La noche era negrísima. El viento soplaba y rugía en torno de la casa de un modo tan terrible, que Hans pensó al principio si sería el huracán el que sacudía la puerta.

"Pero sonó un segundo golpe y después un tercero, más violento que los otros.

"Será algún pobre viajero", se dijo el pequeño Hans y corrió a la puerta.

"El molinero estaba en el umbral con una linterna en una mano y un grueso garrote en la otra.

"—Querido Hans —gritó el molinero—, me aflige un gran pesar. Mi hijo se ha caído de una escala, hiriéndose. Voy a buscar al médico. Pero vive lejos de aquí y la noche es tan mala, que he

pensado que fueses tú en mi lugar. Ya sabes que te doy mi carretilla. Por eso estaría muy bien que hicieses algo por mí en cambio.

"—Por supuesto —exclamó el pequeño Hans—, me alegra mucho que se te haya ocurrido venir. Iré enseguida. Pero debes dejarme tu linterna, porque la noche es tan oscura, que temo caer en alguna zanja.

"—Lo siento muchísimo —respondió el molinero—, pero es mi linterna nueva y sería una gran pérdida que le ocurriese algo.

" —¡Bueno, no hablemos más! Iré sin ella —dijo el pequeño Hans.

"Se puso su gran capa de pieles, un gorro colorado de mucho abrigo, se enrolló su bufanda alrededor del cuello y partió.

"¡Qué terrible tempestad se desencadenaba!

"La noche era tan negra, que el pequeño Hans apenas veía, y el viento tan fuerte, que le costaba gran trabajo andar.

"Sin embargo, él era muy animoso, y después de caminar cerca de tres horas, llegó a casa del médico y llamó a la puerta.

CamScanner

"—¿Quién es? —gritó el doctor, asomando la cabeza a la ventana de su dormitorio.

"—¡El pequeño Hans, doctor!

"—¿Y qué deseas, pequeño Hans?

"—El hijo del molinero se ha caído de una escala y se ha herido y es menester que vaya usted enseguida.

"—¡Muy bien! —replicó el doctor.

"Enjaezó en el acto su caballo, se calzó sus grandes botas y, cogiendo su linterna, bajó la escalera. Se dirigió a casa del molinero, llevando al pequeño Hans a pie detrás de él.

"Pero la tormenta arreció. Llovía a torrentes y el pequeño Hans no podía ni ver por dónde iba, ni seguir al caballo.

"Finalmente, perdió su camino, estuvo vagando por el páramo, que era un paraje peligroso lleno de hoyos profundos, cayó en uno de ellos y se ahogó.

"A la mañana siguiente, unos pastores encontraron su cuerpo flotando en una gran charca y le llevaron a su choza.

CamScanner

"Todo el mundo asistió al entierro del pequeño Hans porque era muy querido. Y el molinero figuró a la cabeza del duelo.

"—Era yo su mejor amigo —decía el molinero—; justo es que ocupe el sitio de honor.

"Así es que fue a la cabeza del cortejo con una larga capa negra; de cuando en cuando se enjugaba los ojos con un gran pañuelo.

"—El pequeño Hans representa ciertamente una gran pérdida para todos nosotros —dijo el hojalatero una vez terminados los funerales y cuando la comitiva estuvo cómodamente instalada en la posada, bebiendo vino dulce y comiendo buenos pasteles.

"—Es una gran pérdida, sobre todo para mí —contestó el molinero—. En verdad, yo fui lo bastante bueno para comprometerme a darle mi carretilla y ahora no sé qué hacer con ella. Me estorba en casa, y está en tan mal estado, que si la vendiera no sacaría nada. Les aseguro que de aquí en adelante no daré nada a nadie. Se pagan siempre las consecuencias de haber sido generoso.

—Y es verdad —replicó la rata de agua después de una larga pausa.

—¡Bueno! Pues eso es todo —dijo el pardillo.

—¿Y qué fue del molinero? —dijo la rata de agua.

—¡Oh! No lo sé realmente —contestó el pardillo— y me da lo mismo.

—Es evidente que su carácter no es nada simpático —dijo la rata de agua.

—Temo que no haya comprendido usted la moraleja de la historia —replicó el pardillo.

—¿La qué? —gritó la rata de agua.

—La moraleja.

—¿Quieres decir que la historia tiene una moraleja?

—¡Pues, naturalmente! —afirmó el pardillo.

—¡Caramba! —dijo la rata con tono iracundo—. Podía usted habérmelo dicho antes de empezar. De ser así no le hubiera escuchado, con toda seguridad. Le hubiese dicho indudablemen-

CamScanner

te: "¡Pse!", como el crítico. Pero aún estoy a tiempo de hacerlo.

Gritó su "¡pse!" a toda voz, y dando un coletazo, se volvió a su agujero.

—¿Qué le parece a usted la rata de agua? —preguntó la pata, que llegó chapoteando algunos minutos después—. Tiene muchas buenas cualidades, pero yo, por mi parte, tengo sentimientos de madre y no puedo ver a un solterón empedernido sin que se me salten las lágrimas.

—Temo haberle molestado —respondió el pardillo—. El hecho es que le he contado una historia que tiene su moraleja.

—¡Ah, eso es siempre una cosa peligrosísima! —dijo la pata.

—Y yo comparto absolutamente su opinión.

El joven rey

En la noche anterior al día de su coronación el joven rey se encontraba en su hermosa alcoba. Los cortesanos, de acuerdo a la costumbre de la época, se habían retirado haciendo una venia hasta el suelo. En el gran vestíbulo de palacio recibirían las últimas lecciones del profesor de etiqueta, pues algunos conservaban aún modales demasiado naturales, lo que para un cortesano —no necesito decirlo— es una grave falta.

Al joven —que sólo era un joven pues acababa de cumplir dieciséis años— no le desagradó que se fueran. Con un suspiro de alivio, se reclinó en los mullidos cojines y, con los ojos y la boca

CamScanner

muy abiertos, parecía un fauno de los bosques, o un joven jabalí recién apresado por los cazadores.

En realidad, fueron unos cazadores quienes, casualmente, lo habían encontrado en momentos en que, a pie desnudo y flauta en mano, cuidaba el rebaño del humilde cabrero que lo crió y del cual siempre había creído ser hijo.

Era hijo de la hija única del rey. Esta se había casado secretamente con un hombre de origen muy inferior al suyo, un extranjero, según algunos, del que la princesa se había enamorado por la mágica y maravillosa manera en que tocaba el laúd. Otros decían que se trataba de un artista de Rimini, al que la princesa había agasajado demasiado, el cual abandonó de pronto la ciudad dejando sin terminar su obra en la catedral. El bebé, de apenas una semana, le había sido arrancado a la madre mientras ésta dormía, y le fue entregado a un humilde campesino y a su mujer. Ambos no tenían hijos y vivían en el más apartado lugar del bosque, a más de un día de camino de la ciudad.

La pena —o la peste, según el médico de la

Corte—, o, como otros dijeron, un mortal veneno italiano puesto en un copa de vino con especias, mató rápidamente a la rubia joven que le había dado a luz.

Mientras el leal mensajero, con el bebé atravesado sobre su montura golpeaba a la puerta de la cabaña del cabrero, el cuerpo de la princesa era depositado en una tumba de un solitario cementerio. En aquella tumba, se decía, también estaba depositado otro cuerpo, el de un joven de una rara y extraordinaria hermosura, que yacía con las manos atadas a la espalda y el pecho destrozado por numerosas heridas.

Esta era la historia que corría de boca en boca. Lo cierto era que el rey, en su lecho de muerte, agobiado por el remordimiento de su grave pecado, o para evitar que su reino pasara a otra dinastía, ordenó traer al joven y, en presencia de sus consejeros, lo reconoció como su heredero.

Desde su aparición, el príncipe mostró señales de su rara pasión por la belleza, la que iba a tener un gran influjo sobre su vida.

Quienes recorrieron con él los aposentos pre-

CamScanner

parados para su servicio, no olvidaban la exclamación de placer que brotó de sus labios cuando vio los bellos trajes y las fabulosas joyas que le estaban destinadas, ni la salvaje alegría con que se desprendió de su tosco vestido de cuero y su ordinaria manta de piel de oveja.

El príncipe, en ciertas ocasiones, había echado de menos su libre vida en el bosque. Le desagradaban las latosas ceremonias de la Corte, que lo mantenían ocupado durante muchas horas, pero el fabuloso palacio del que ahora era señor le parecía un mundo nuevo, creado para su gozo. En cuanto podía liberarse del Concejo o de la Sala de Audiencias, bajaba a la carrera la gran escalera, con sus leones de bronce dorado y sus peldaños de brillante mármol, para pasearse de salón en salón y de logia en logia, como buscando calmar su nostalgia en la belleza.

Durante estos viajes de descubrimiento, como gustaba llamarles —y la verdad es que eran para él verdaderos viajes a través de un país fabuloso—solían acompañarle los esbeltos y rubios pajes de la Corte, ataviados con sus capas y vistosas cintas flotantes. Pero gran parte de las veces iba solo, pues su fuerte instinto le decía que los secretos de las artes se captan mejor en secreto, y que la Belleza, como la Sabiduría, gustan del adorador solitario.

En esos tiempos se contaban variadas historias de su vida. Se decía que un rudo burgomaestre que vino a pronunciar un discurso en nombre de los habitantes de la ciudad, lo había encontrado de rodillas y en fervorosa contemplación ante un gran cuadro recién traído de Venecia, en el que aparecía el culto de algunos dioses paganos. Otra vez desapareció durante varias horas y cuando lo hallaron, después de una larga búsqueda, se encontraba en una pequeña habitación de la torre norte del palacio, contemplando en éxtasis una joya griega que tenía tallado el dios Adonis. Otra vez se lo había visto, se rumoreaba, con sus labios pegados sobre la frente de mármol de una antigua escultura descubierta en el lecho del río mientras construían un puente de piedra. La escultura tenía grabado el nombre del esclavo bitinio de Adriano. En otra ocasión, el príncipe había

CamScanner

pasado la noche entera contemplando el efecto del claro de luna sobre una figura de plata de Endimión.

No hay duda que todos los materiales extraños y costosos ejercían sobre él una gran atracción. Para obtenerlos había enviado en misión a distintos mercaderes. Algunos para traficar ámbar con los duros pescadores de los mares del Norte; otros, a Egipto, en busca de aquella extraña turquesa verde que sólo se halla en las tumbas reales, y que posee, según se cree, propiedades mágicas; otros a Persia en busca de tapices de seda y cerámica policromada, y algunos a la India en pos de tules y marfil, espejuelos y brazaletes de jade, madera de sándalo y esmaltes azules y finísimos chales de lana.

Pero su mayor preocupación había sido el traje que iba a ponerse el día de su coronación, un traje tejido con hilos de oro, y la corona ornada de rubíes, y el cetro con sus incrustaciones de perlas.

Era en lo que pensaba esa noche, tirado en su mullido diván, mirando arder en la chimenea un grueso tronco de pino.

Los diseños, realizados por los más prestigiosos artistas, se los habían presentado para su aprobación varios meses antes.

Él había ordenado que se trabajara día y noche en su ejecución, y que se buscaran en el mundo entero las piedras preciosas adecuadas para ello.

Se imaginó ante el altar mayor de la catedral con la espléndida vestimenta de un rey. Una sonrisa le recorrió sus labios adolescentes y un destello iluminó sus ojos oscuros.

Poco después se levantó de su diván y, apoyado sobre la labrada repisa de la chimenea, observó la alcoba casi en penumbra.

De las paredes colgaban ricos tapices que representaban el triunfo de la Belleza. Una estantería, incrustada con ágatas y lapizlázulis, rellenaba un rincón, y delante de la ventana había una cómoda extrañamente labrada, con zonas laqueadas y doradas, sobre la cual se hallaban unos finos vasos de cristal veneciano y un cáliz de ónice de oscuras vetas. La colcha del lecho era de seda bordada con delicadas amapolas, y esbel-

CamScanner

tas columnas de marfil estriado sostenían el dosel de terciopelo, sobre el cual se asomaban, cual blanca espuma, grandes penachos de plumas de avestruz. Un sonriente Narciso de bronce verde sostenía en su cabeza un pulido espejo.

Sobre la mesa había un plato de amatista.

Afuera, la gran cúpula de la catedral resaltaba como una burbuja sobre las casas en sombra, mientras los soñolientos centinelas se paseaban de arriba abajo por la neblinosa terraza que daba al río. A través de la ventana abierta penetraba un vago olor a jazmín.

Peinándose sus rubios bucles, el príncipe tomó el laúd y recorrió con sus dedos las cuerdas. Sus párpados se cerraron pesadamente y una rara languidez se apoderó de él. Nunca había sentido con tanta fuerza o con tan deliciosa alegría el misterio y el hechizo de las cosas bellas.

Cuando el reloj de la torre dio la medianoche, se oyó una campana y sus pajes entraron a quitarle ceremoniosamente sus vestiduras, a lavarle las manos con agua de rosas y a esparcir flores sobre sus almohadas. Apenas quedó solo,

CamScanner

el sueño lo invadió.

Entonces tuvo un sueño.

Soñó que se hallaba en una habitación larga y muy baja, en medio del estrépito y del vocerío de numerosos telares. La escasa luz que entraba por las enrejadas ventanas mostraba las magras figuras de los tejedores inclinados sobre sus telares. Unos niños pálidos e insalubres vigilaban expectantes los largos listones transversales; apenas las lanzaderas atravesaban la urdimbre, alzaban los pesados listones, y cuando las lanzaderas se detenían, los dejaban caer, apretando los hilos. Tenían sus rostros demacrados por el hambre y les temblaban sus flacas manos.

Alrededor de un mesón, algunas mujeres ojerosas cosían. Un espantoso olor invadía el ambiente. El aire era pesado y las paredes exudaban humedad.

Aproximándose a uno de los tejedores, el joven rey se detuvo y lo miró.

El tejedor se enfureció:

—¿Por qué me miras? —dijo—. ¿Acaso eres un espía enviado por nuestro amo?

—¿Quién es tu amo? —preguntó el joven rey.

—¡Nuestro amo! —exclamó el tejedor con resentimiento—. Es un hombre igual que yo. En verdad, sólo hay una diferencia entre nosotros: él se viste ricamente mientras yo visto harapos; mientras yo sufro hambre, él sufre de sobrealimentación.

—Estamos en un país libre —dijo el joven rey—. Tú no eres esclavo de nadie.

—Cuando hay guerra —repuso el tejedor—, los fuertes esclavizan a los débiles, y cuando hay paz, los ricos esclavizan a los pobres. Tenemos que trabajar para vivir, pero nuestros salarios son tan bajos que la vida se nos va. Trabajamos el día entero para los ricos; ellos acumulan oro en sus arcas mientras nuestros hijos mueren prematuramente, y los rostros de nuestros seres queridos se ponen duros y malvados. Pisoteamos las uvas, pero otros beben el vino. Sembramos el trigo, pero nuestra mesa está vacía. Arrastramos cadenas, aunque no se vean, y somos esclavos, aunque nos digan que somos libres.

CamScanner

—¿A todos les pasa lo mismo? —preguntó el joven rey.

—¡A todos! —contestó el tejedor—. A los jóvenes y a los ancianos, a las mujeres y a los hombres, a los niños y a los viejos. Los comerciantes nos explotan y debemos estar a sus órdenes. El cura pasa en su caballo rezando el rosario y nadie se preocupa de nosotros. La Pobreza, con sus ojos hambrientos, se arrastra por nuestras calles sin sol, y el Pecado, con su rostro ebrio, corre tras ella. La Miseria nos despierta en la madrugada y por la noche la Vergüenza se duerme con nosotros. Pero, ¿acaso esto te importa? Tú no eres de los nuestros; se te ve demasiado feliz.

Y frunciendo el ceño metió su lanzadera entre los hilos. El joven rey observó entonces que estaba tejiendo con hilo de oro.

El terror se poderó de él.

—¿Para quién esta tejiendo ese traje? —preguntó.

—Para el rey, para su coronación. ¿Y a ti, qué te importa?

El joven rey lanzó un grito y despertó. Se

encontraba en su propia alcoba. Una gran luna, dorada por el amanecer, penetraba a través de la ventana.

Se durmió de nuevo y volvió a soñar.

Soñó que se hallaba en la cubierta de una enorme galera impulsada por cien remeros esclavos. A su lado se sentaba, sobre una alfombra, el capitán de la galera. Era negro como el ébano y llevaba un turbante de seda rojo. De los lóbulos de sus orejas le colgaban grandes aros de plata y tenía en sus manos una balanza de marfil.

A los esclavos sólo los cubría un harapiento taparrabos y cada uno estaba encadenado a su vecino. El sol ardía sobre su pieles mientras otros negros se desplazaban junto a ellos azotándolos con látigos de cuero. Los esclavos alargaban sus magros brazos e introducían los pesados remos en el agua.

Finalmente llegaron a una pequeña bahía, donde empezaron a tirar la sonda. Una leve brisa sopló desde tierra y cubrió con un fino polvo ocre la cubierta y la gran vela latina. De pronto, y montados en asnos, aparecieron tres árabes y les

CamScanner

arrojaron flechas. El capitán de la galera tomó su arco e hirió en el cuello a uno de ellos. El herido cayó pesadamente sobre la arena mientras sus compañeros huían al galope. Los seguía una mujer montada en un camello, que volvía de vez en cuando la cabeza para mirar al muerto.

En cuanto arriaron la vela y echaron el ancla, los negros bajaron a la bodega y subieron con una escalera de cuerda lastrada con plomo. El capitán de la galera la arrojó por encima de la borda y la amarró a dos argollas de hierro. Luego los negros agarraron al esclavo más joven, le quitaron sus cadenas, le taponearon la nariz y los oídos con cera, y le ataron un gran piedra a la cintura. El esclavo bajó dificultosamente por la escalera y desapareció en el mar. Del agua sólo surgieron unas pocas burbujas, miradas con curiosidad por los otros esclavos. Un encantador de tiburones tocaba en la proa ritmicamente un tambor.

Tras unos minutos el buzo surgió del agua y se agarró jadeante a la escalera. En su mano derecha traía una perla. Los negros se la quitaron y

volvieron a empujarlo al mar. Los esclavos dormitaban sobre los remos.

El buzo apareció una y otra vez, trayendo siempre una bella perla. El capitán de la galera las pesaba y las ponía luego en una bolsita de cuero.

El joven rey quiso hablar pero su lengua parecía pegada al paladar y sus labios no le obedecían. Los negros conversaban entre ellos, hasta que de súbito empezaron a pelearse por un collar de cuentas que destellaba. Dos grullas sobrevolaban la galera.

El buzo surgió por última vez. La perla que traía era más bella que todas las perlas de Ormuz; era redonda como la luna llena y más brillante que la estrella matutina. Pero el rostro del buzo estaba extrañamente pálido y cayó sobre la cubierta botando sangre por sus oídos y su nariz. Se estremeció un poco y luego quedó inmóvil. Los negros se encogieron de hombros y arrojaron el cadáver por sobre la borda.

El capitán de la galera rió y tomó la perla. Luego de observarla, la apretó contra su frente e hizo una reverencia.

CamScanner

—Ésta será para el cetro del joven rey —dijo—, y ordenó a los negros que levaran el ancla.

Al oírlo, el joven rey lanzó un agudo grito y despertó. Por la ventana se veían los largos dedos grises de la aurora aferrados a las tenues estrellas.

Y de nuevo se quedó dormido y soñó.

Soñó que caminaba por un bosque oscuro, de cuyos árboles colgaban exóticas frutas y bellas flores venenosas. A su paso las serpientes silbaban y los papagayos chillaban volando de rama en rama. Enormes tortugas dormitaban sobre el ardiente barro. Entre los árboles pululaban monos y pavos reales.

Caminó hasta alcanzar el final del bosque y ver a una gran multitud de hombres que trabajaban en el lecho seco de un río. Parecían hormigas. Hacían profundos hoyos en la tierra y se metían en ellos. Unos partían rocas con pesados combos y otros se inclinaban sobre la arena, arrancando cactos de raíz. Se gritaban unos a otros, yendo y viniendo, sin que ninguno dejara de trabajar.

La Muerte y la Avaricia los observaban desde la oscuridad de una caverna.

—Estoy cansada —dijo la Muerte—. Dame la tercera parte de ellos y deja que me vaya.

La avaricia negó con la cabeza.

—Son servidores míos —repuso.

La muerte preguntó:

—¿Qué es eso que tienes en la mano?

—Tres granos de trigo. ¿Acaso te importa?

—Dame uno para plantarlo en mi jardín; sólo uno y me iré —gritó la Muerte.

—No te daré cosa alguna —dijo la Avaricia, y ocultó la mano entre sus ropas.

La Muerte rió, tomó una copa y la sumergió en un charco.

De la copa emergió la Fiebre. Esta cruzó a través de la multitud y un tercio de ella se desplomó muerta. La seguía una fría neblina y las serpientes acuáticas reptaban a su lado.

Al ver la Avaricia que la tercera parte de la multitud había muerto, se golpeó el pecho sollozando. Se golpeó el vientre estéril y exclamó:

—Has dado muerte a un tercio de mis servidores. Aléjate de aquí. En las montañas de Tartaria hay guerra y los reyes de ambos bandos te necesi-

CamScanner

tan. Los afganos han degollado al buey negro y marchan hacia el frente de combate. Golpean sus escudos con sus lanzas y se han puesto sus cascos de hierro. ¿Tanto te interesa mi valle como para quedarte en él? Aléjate. ¡No vuelvas jamás a él!

—No; no me marcharé hasta que me hayas entregado un grano de trigo —porfió la Muerte.

La Avaricia cerró entonces el puño y apretó los dientes.

—No te daré nada —dijo.

La Muerte rió, agarró una piedra negra y la lanzó hacia el bosque. Desde un arbusto de cicuta, la Fiebre emergió entonces envuelta en llamas. Cruzó por entre la multitud tocando a cada hombre, el cual caía muerto. Y la hierba se calcinaba a su paso.

Temblando, la Avaricia se cubrió la cabeza de cenizas.

—¡Qué cruel eres! —gritó—, ¡qué cruel! El hambre cunde tras las ciudades amuralladas de la India y los pozos de Samarkanda se secaron. El hambre cunde en las ciudades amuralladas de Egipto y las langostas se dejaron caer desde el

desierto. El Nilo no se ha desbordado y los sacerdotes han maldecido a los dioses Isis y Osiris. Corre adonde te necesitan y no toques a mis servidores.

—No —porfió la Muerte—, no te dejaré hasta que me des un grano de trigo.

—Nada te daré —replicó la Avaricia.

La Muerte volvió a reír, y con un silbido hizo que una mujer apareciera volando. Esta tenía en su frente la palabra *Peste* y a su alrededor volaba una bandada de buitres. Sus alas cubrieron el valle y no quedó nadie con vida.

Chillando, la Avaricia huyó a través del bosque. La Muerte saltó entonces sobre su caballo alazán y galopó, galopó más rápida que el viento.

Desde el barro del fondo del valle surgieron dragones y horribles seres cubiertos de escamas. Los chacales se acercaron al trote, olfateando el aire.

El joven rey rompió en llanto.

—¿Quienes eran aquellos hombres —preguntó— y qué buscaban?

—Rubíes para la corona de un rey —dijo

CamScanner

alguien, tras él.

Temblando, el joven rey se dio vuelta y vio a un hombre con ropas de peregrino que tenía en la mano un espejo de plata.

—¿Para qué rey? —inquirió, palideciendo.

El peregrino repuso:

—Mira en este espejo y lo verás.

El rey miró en el espejo y, al ver su propio rostro, lanzó un terrible grito y despertó. El sol bañaba de luz la habitación y en los árboles del jardín trinaban alegremente los pájaros.

El chambelán y los altos dignatarios del reino aparecieron a rendirle homenaje, mientras los pajes traían el traje de hilos de oro y ponían ante él la corona y el cetro.

Al verlos, el joven rey reconoció su belleza. Eran los objetos más bellos que jamás hubiera visto. Pero se acordó de sus sueños.

—Llevaos estos objetos —exclamó—; no voy a usarlos.

Asombrados, algunos cortesanos rieron, pues creyeron que era una broma. Pero el rey los miró muy serio.

CamScanner

—Llevaos estos objetos —dijo— y ocultadlos. No los usaré el día de mi coronación. Este traje fue tejido en el telar del Dolor por las blancas manos de la Tristeza. El corazón del rubí está lleno de sangre y de muerte el de la perla.

Y contó a sus cortesanos sus tres sueños.

Al oírlos, los cortesanos se miraron unos a otros, murmurando:

—Se ha vuelto loco, sin duda. ¿Qué es un sueño sino un sueño? ¿qué es una visión sino una visión? Ambos no son reales y no deben preocuparnos. ¿Qué nos importan los pormenores de quienes trabajan para nosotros? ¿Es que alguien dejará de comer pan mientras no haya visto al sembrador y de beber vino mientras no haya hablado con el viñatero?

Entonces el chambelán se dirigió al joven rey.

—Mi señor —dijo—, os suplico que alejéis de vuestra mente estos negros pensamientos. Ponéos vuestro bello traje y ceñíos en vuestra cabeza esta corona. Porque ¿cómo sabrán vuestros súbditos que sois el rey si no lleváis traje de

rey?

El joven rey lo miró.

—¿Es lo que ocurriría? —preguntó—. ¿No creerán que soy el rey si no visto como rey?

—Mi señor, no os reconocerán —aseguró el chambelán.

—Pensaba que había hombres que tenían aspecto de rey. Pero tal vez sucedería lo que vos decís. Pese a ello, no me pondré este traje ni me coronarán con esta corona. Saldré de este palacio tal como entré en él.

Enseguida ordenó a todos que se fueran, con excepción de un paje, un joven un año menor que él, al que dejó a su servicio, y al cual le pidió la túnica de cuero y la tosca manta de piel de oveja que usaba cuando pastoreaba el rebaño del cabrero. Se los puso y empuñó el artesanal cayado de pastor.

El paje, sorprendido, abrió sus grandes ojos azules.

—Mi señor —dijo sonriendo—, veo vuestro traje y vuestro cetro, pero no veo vuestra corona.

El joven cortó una rama de la enredadera

CamScanner

que trepaba por el balcón, hizo con ella una corona, se la puso en la cabeza, y dijo:

—Esta es mi corona.

Y así vestido dejó la habitación y se trasladó al gran salón, donde le esperaban los nobles. Estos se largaron a reír, pero algunos lo increparon:

—Señor, el pueblo aguarda a su rey y vais a mostrarle un mendigo.

Otros, furiosos, gritaron:

—Qué humillación para nuestro reino. No es digno de ser nuestro señor.

Pero el joven rey pasó ante ellos sin contestarles, bajó la escalera de pulido mármol, cruzó las puertas de bronce y, montando en su caballo, se dirigió hacia la catedral seguido por el paje, que trotaba tras él.

Al verlo pasar, el pueblo se reía y se burlaba:

—Es el bufón del rey quien cabalga.

—No —les dijo él, deteniéndose—: soy el rey.

Y les contó sus tres sueños.

Un hombre se apartó entonces de la multitud y le dijo, con dureza:

—Señor, ¿no sabéis que el lujo de los ricos permite vivir a los pobres? Su pompa nos alimenta y sus vicios nos dan nuestro pan. Es duro trabajar para un amo cruel, pero todavía es más duro no tener amo para quien trabajar. ¿Pensáis que los cuervos van a darnos de comer? Y ¿qué solución tenéis para nuestros problemas? ¿Acaso vais a ordenar al comprador: «Comprarás a tal precio», y al vendedor: «Venderás a este precio»? Creo que no. Volved, pues, a vuestro palacio y ponéos vuestras ricas vestiduras púrpura. ¿Qué tenéis que ver con nosotros y con nuestras desgracias?

—¿Acaso los ricos y los pobres no son hermanos? —preguntó el rey.

—Sí, hermanos —repuso el hombre—, pero el nombre del hermano rico es Caín.

Los ojos del joven rey se llenaron de lágrimas mientras proseguía su camino entre los murmullos de la multitud. Asustado, el paje se alejó de él.

Cuando llegó a la gran puerta de la catedral, los soldados le cerraron el paso con sus alabar-

CamScanner

das.

—¿Qué buscas aquí? Por esta puerta entra sólo el rey.

Rojo de ira, él les dijo:

—Yo soy el rey.

Y rechazando las alabardas, empujó a los soldados y entró.

Cuando el anciano obispo lo vio acercarse con sus harapos de cabrero, se levantó sorprendido de su trono.

—Hijo mío —exclamó—, ¿son éstas las vestiduras de un rey? ¿Con qué corona os coronaré y qué cetro pondré en vuestra mano? Este día ha de ser para vos un día de júbilo y no de humillación.

—¿Podrá el Júbilo vestirse con el producto del Dolor? —contestó el joven rey. Y le narró sus tres sueños.

Una vez que el obispo los hubo oído, le dijo, frunciendo el ceño:

—Ya soy viejo, hijo mío, y en el invierno de mis días sé cuanto de malo se hace en el ancho mundo. Los crueles ladrones bajan de las montañas y raptan a los niños para venderlos a los

árabes. Los leones acechan a las caravanas y se arrojan sobre los camellos. En el valle, los jabalíes arrasan los trigales y los zorros roen los viñedos de la colina. Los piratas devastan la costa, incendian los barcos de los pescadores y les arrebatan sus redes. Las casas de los leprosos, hechas de caña, se levantan en las salinas, y nadie puede acercárseles. Los mendigos vagan por las ciudades y comparten su comida con los perros. ¿Acaso podéis vos impedir todo esto? ¿Compartirías vuestra cama con un leproso y sentaríais a un mendigo a vuestra mesa? ¿Os obedecerían el león y el jabalí? ¿No es más sabio que vos quien creó la miseria? No puedo, por tanto, alabad lo que habéis hecho y os ordeno, en cambio, que regreséis a palacio, pongáis buena cara y vistáis los ropajes que corresponden a un rey. Yo os coronaré con la corona de oro y os entregaré el cetro de perlas. En cuanto a vuestros sueños, no volváis a pensar en ellos. El peso del mundo es demasiado pesado para que pueda soportarlo un solo corazón.

—¿Os expresáis así en esta casa? —dijo el

CamScanner

joven rey, y pasando delante del obispo subió las gradas del altar y se detuvo ante la imagen de Cristo.

A su derecha y a su izquierda brillaban los fabulosos vasos de oro, el cáliz con el vino color ámbar y la vasija con los óleos sagrados. Se arrodilló entonces ante la imagen de Cristo. Los altos cirios ardían centelleantes frente al tabernáculo cubierto de joyas y el humo del incienso se elevaba en tenues espirales azulados hacia la cúpula. Inclinó la cabeza para orar.

Los sacerdotes, con sus pesadas casullas, se alejaron del altar.

De pronto se oyó un gran alboroto y desde la calle entraron los nobles con sus espadas desnudas y sus bruñidos escudos, moviendo los penachos de sus cascos.

—¿Dónde está el soñador de sueños? —gritaron—. ¿Dónde está el rey que viste como un mendigo, el joven que nos agravia? No hay duda de que lo mataremos porque no es digno de gobernarnos.

El joven rey inclinó la cabeza y rezó, tras lo

cual se levantó y miró tristemente a los nobles.

Entonces el sol penetró a través de los vitrales y sus rayos cayeron sobre él, tejiendo alrededor de su cuerpo un manto más hermoso que el que habían tejido para su placer. El reseco cayado floreció en lirios más blancos que las perlas, y las resecas espinas florecieron en rosas más rojas que los rubíes. Más blancas que las perlas eran los lirios, y sus tallos eran de pulida plata. Más rojas que rubíes eran las rosas, y sus hojas eran de brillante oro.

Se encontraba así, engalanado como un rey, cuando las puertas del tabernáculo cuajado de joyas se abrieron, y tras el cristal de la luminosa custodia resplandeció una luz mágica y mística. Se encontraba así, engalanado como un rey, mientras la gloria de Dios colmaba el lugar y los santos parecían cobrar vida en sus nichos. Magníficamente vestido, se encontraba de pie ante ellos, mientras el órgano derramaba su ensordecedora música y los heraldos tocaban sus trompetas y los niños del coro cantaban.

El pueblo, atemorizado, cayó entonces de

CamScanner

rodillas, y los nobles envainaron sus espadas y le rindieron homenaje, mientras el rostro del obispo palidecía y las manos le temblaban.

—Uno más grande que yo os ha coronado —expresó, cayendo de rodillas.

El joven rey bajó del altar mayor y regresó a palacio atravesando por entre la multitud. Nadie osó mirar su rostro, pues era como el rostro de un ángel.

Un cohete muy especial

El hijo del rey iba a casarse y todos estaban muy felices. Había esperado un año entero a su prometida y al fin ésta se encontraba en el país.

Era un princesa rusa que llegó desde Finlandia en un trineo tirado por seis renos.

El trineo tenía el aspecto de un enorme cisne dorado, entre cuyas alas se recostaba la princesa. Su larga capa de armiño le llegaba hasta los pies y cubría su cabeza con un pequeño gorro de hilos de plata. Se la veía tan pálida como el palacio de nieve donde siempre había vivido. Mientras pasaba por las calles, la gente se sorprendía de su palidez.

CamScanner

—Es como una rosa blanca —decían. Y le lanzaban flores desde los balcones.

El príncipe la aguardaba en la entrada del castillo. Sus ojos de color violeta eran soñadores y sus cabellos parecían de oro.

—Os veíais muy hermosa en vuestro retrato, pero sois mucho más hermosa —dijo, hincando una rodilla y besándole la mano.

La princesita se ruborizó.

—Ahora parece una rosa roja —le musitó un paje a su vecino.

La corte entera estaba maravillada. Durante tres días todos repetían:

—Rosa blanca, rosa roja; rosa blanca, rosa roja.

El rey dio orden de duplicarle el sueldo al paje. Pero como éste no recibía sueldo alguno, ello no le sirvió de mucho, aunque a todos le parecía un gran honor. El decreto se publicó en el boletín de la corte.

La boda se celebró al tercer día. Fue un evento magnífico. El príncipe y la princesa, tomados de la mano, caminaron bajo un dosel púrpura bordado de pequeñas perlas. Luego hubo un banquete que duró cinco horas. La pareja, sentada en un extremo del gran salón, bebió en una copa de un transparentísimo cristal. En una copa que sólo podían beber los verdaderos enamorados, pues si en verdad no lo estaban, de inmediato se volvía gris y perdía su transparencia.

—Es claro que se aman —afirmó el paje—, es tan claro como el cristal.

Y el rey de nuevo le duplicó el sueldo.

—¡Qué gran honor! —exclamaron los cortesanos.

Después del banquete comenzó el baile. Los príncipes debían bailar la danza de las rosas. El rey había prometido tocar la flauta, y aunque la tocaba pésimo, nadie se atrevía a decírselo porque era el rey. Apenas sabía tocar dos piezas y jamás sabía cuál de ellas estaba tocando. Pero esto nada importaba porque, hiciera lo que hiciera, todos exclamaban:

—¡Estupendo! ¡Estupendo!

El festejo terminaba con fuegos artificiales. Estos tenían que empezar a las doce de la noche

CamScanner

en punto.

Como la princesa nunca había visto fuegos artificiales, el rey le ordenó al pirotécnico del reino que demostrara su arte la noche del festejo nupcial.

La princesa le había preguntado al príncipe, paseándose por la terraza:

—¿Cómo son los fuegos articiales?

—Son como la salida del sol —repuso el rey, que estaba acostumbrado a responder las preguntas que se hacían a otros—, salvo que son más naturales. A mí me gustan más que las estrellas, pues uno sabe cuando van a brillar y son tan maravillosos como la música de mi flauta. Tienes que verlos.

En el fondo del jardín se levantó un gran tablado. Y en cuanto todo estuvo listo, los fuegos artificiales empezaron a dialogar entre ellos.

—Qué lindo es el mundo —exclamó un pequeño buscapié—. Admiren esos tulipanes amarillos. No podrían ser más bellos, aunque fueran petardos de verdad. Qué contento estoy de haber viajado. Los viajes despiertan la imaginación y

nos quitan los prejuicios.

—Este jardín no es el mundo, estúpido —dijo una candela italiana—. El mundo es enorme y te llevaría tres días recorrerlo entero.

—El mundo son los lugares que amamos —dijo una rueda, que en algún momento formó parte de un cajón hecho de tablas de pino y que estaba muy orgullosa de su falta de corazón—, pero el amor está pasado de moda, los poetas lo mataron. Tanto escribieron sobre él, que ya nadie les cree. El verdadero amor sufre en silencio. Me acuerdo de que yo, una vez... ¡pero esto no viene al caso! El romanticismo pertenece al pasado.

—No es cierto —replicó la candela italiana—. El romanticismo no ha muerto. Es como la luna, que siempre está viva. El príncipe y la princesa, por ejemplo, se aman dulcemente. Me lo dijo esta mañana un cartucho de papel que estaba en el mismo cajón que yo, y que oía todo lo que se decía en la corte.

—¡El romanticismo ha muerto! —dijo la rueda—. ¡El romanticismo ha muerto! —insistió.

CamScanner

Estaba convencida de que si se repetía una y otra vez lo mismo, terminaba siendo cierto.

De pronto se oyó una toz seca y seria. Todos miraron a su alrededor. La toz pertenecía a un cohete largo y engreído, que se hallaba amarrado a la punta de un palo. Acostumbraba a toser antes de hablar para atraer las miradas. Carraspeó:

—Ejem, ejem.

Todos lo miraron, salvo la rueda, que continuaba murmurando:

—El romanticismo ha muerto.

—¡Orden! ¡Orden! —-gritó un petardo. Actuaba como un político, ya que siempre tomaba parte en las elecciones locales. Conocía las palabras usadas en el Parlamento.

—Ha muerto definitivamente —murmuró la rueda, y se durmió.

Cuando se hizo el silencio, el cohete tosió por tercera vez. Luego comenzó a hablar lento y claro, como si estuviera dictando sus memorias, con modales muy distinguidos.

—Qué suerte tuvo el príncipe al casarse en el mismo día en que me van a disparar —expresó—.

CamScanner

Si lo hubieran planeado antes no hubiera resultado mejor para él. La suerte está siempre de parte de los príncipes.

—¡Qué extraño! —dijo el pequeño buscapié—. Yo pensaba lo contrario: que éramos nosotros a quienes nos iban a disparar en honor del hijo del rey.

—Tal vez sea tu caso —repuso el cohete—; debe ser así. Pero mi caso es distinto. Mi madre fue la rueda más famosa de su tiempo y la más conocida por su modo de danzar. Cuando fue disparada en público, dio diecinueve volteretas antes de apagarse y lanzó siete estrellas rosadas en cada vuelta. Medía noventa centímetros de diámetro y estaba rellena con la mejor pólvora. Mi padre era un cohete como yo, de origen francés. Voló tan alto que todos temieron que jamás regresara. Pero tenía muy buen genio, así es que descendió espléndidamente, como una cascada de oro. Los diarios lo alabaron y el boletín de la corte expresó que era "una hazaña del arte pinotécnico".

—Pirotécnico, pirotécnico, querrás decir

—puntualizó una bengala—. Se dice pirotécnico porque así está escrito en mi envase de metal.

—Pues yo digo pinotécnico —insistió el cohete muy serio. La bengala se sintió tan aplastada, que empezó a molestar a los pequeños buscapiés para hacerles notar que ella también era alguien importante.

—Está diciendo..., estaba diciendo... —siguió el cohete—, ¿qué es lo que estaba diciendo?

—Hablabas de ti —respondió la candela italiana.

—Sí, cierto. Estaba diciendo algo importante cuando ustedes me interrumpieron tan groseramente. No soporto la grosería y la mala educación. Soy muy sensible; estoy seguro de que nadie en el mundo es tan sensible como yo.

—¿Qué es ser sensible? —le preguntó el petardo a la candela italiana.

—Es pisarle los pies a los demás porque se tienen callos —susurró la candela italiana.

El petardo casi estalló de risa. El cohete preguntó:

—¿De qué se ríen?

CamScanner

—Me río porque soy feliz.

—Qué egoísta —afirmó rabioso el cohete—. ¿Con qué derecho eres feliz? Debieras pensar en los demás. Debieras pensar en mí. Yo pienso siempre en mí mismo y los demás también debieran hacerlo. Es lo que se llama simpatía, una magnífica virtud que yo la tengo en grandes dosis. Supongamos, por ejemplo, que esta noche me ocurriera algo... ¡Sería una desgracia para todos! Dejarían de ser felices el príncipe y la princesa; fracasaría su matrimonio. Y el rey jamás podría recuperar su alegría. Cuando pienso en lo importante que soy, me emociono hasta las lágrimas.

—Si deseas hacer feliz a los demás —exclamó la candela italiana— debes mantenerte seco.

—Cierto —aseguró la bengala, ahora más animada—. Lo dicta el sentido común.

El cohete se indignó.

—¡Así es que el sentido común! —exclamó—. Olvidan que no tengo nada de común y que soy muy especial. Cualquiera, sin imaginación, puede tener sentido común. Yo, en cambio, tengo imaginación, pues jamás veo las cosas como

son; siempre las veo distintas de cómo son. Con respecto a mantenerme seco, está claro que ninguno de ustedes es capaz de apreciar un temperamento sensible. Cosa que me importa poco. Lo único que me permite vivir es tener conciencia de la gran inferioridad de los demás, un sentimiento que he desarrollado siempre en mí. Ninguno de ustedes tiene sensibilidad. Están riéndose y alegrándose como si el príncipe y la princesa hoy no se hubieran casado.

—¿Y por qué no? —preguntó una pequeña centella—. Es la ocasión de alegrarse. Cuando yo estalle en el aire voy a contárselo a todas las estrellas. Verán cómo brillan cuando les hable de la hermosa princesita.

—¡Qué manera tan superficial de ver la vida! —dijo el cohete—. Es justo lo que esperaba. Eres hueca y frívola. Tal vez la nueva pareja se traslade a vivir en un país donde haya un río profundo; tal vez tenga un solo hijo, un bebé de cabellos rubios y ojos violeta, igual a los del príncipe. Tal vez la nodriza salga un día a pasear con el niño, y tal vez la nodriza se quede dormida debajo de un

CamScanner

sauce, y tal vez el ñiño se caiga al río y se ahogue. ¡Qué desgracia! ¡Pobres, perder a su único hijo! ¡Es horroroso! Jamás me recuperaré de esta pena.

—Pero si no han perdido a su hijo —intervino la candela italiana—. Pero si nada les ha sucedido.

—No he dicho que les haya sucedido —repuso el cohete—: he dicho que podría haberles sucedido. Si realmente hubieran perdido a su hijo, habría que callar. Odio a los que lloran porque se les sube la leche. Pero me afecta mucho el imaginar que podrían haber perdido a su único hijo.

—Cierto —afirmó la bengala—. A ti te afectan las cosas como a nadie que he conocido.

—Y tú eres la más grosera de quienes he conocido —dijo el cohete—. Nunca entenderás el afecto que le tengo al príncipe.

—Pero si ni siquiera lo conoces —afirmó la candela italiana.

—Nunca he dicho que lo conozco —repuso el cohete—. Creo que si lo conociera, no sería su amigo. Es muy arriesgado conocer a los propios

amigos.

—Te repito que debes mantenerte seco —insistió la pequeña centella—. Es lo más importante.

—No dudo que para ti sea importante —respondió el cohete—, pero si yo quiero llorar, lloraré.

Y rompió en llanto. Las lágrimas le corrían por el palo como gotas de lluvia y casi ahogan a un par de escarabajos que estaban de novio y buscaban un buen lugar donde vivir.

—Este sí que tiene temperamento romántico— dijo la rueda— pues llora cuando no hay por qué llorar —y suspirando, se dedicó a pensar en su envase de madera.

Pero la candela y la bengala se habían indignado y gritaban:

—¡Qué estupidez! ¡Qué estupidez!

Ambas eran prácticas y llamaban "estupidez" a todo lo que las contrariaba.

De pronto salió la luna; parecía un fantástico escudo de plata. Las estrellas empezaron a brillar y desde el palacio se derramó el sonido de la

CamScanner

música.

El príncipe y la princesa dirigían el baile. Lo hacían tan bien, que los lirios se asomaron a la ventana para contemplarlos. Las amapolas llevaban el compás con sus rojas cabezas.

Entonces dieron las diez, luego las once y más tarde las doce.

Al sonar la última campanada todos se dirigieron a la terraza, mientras el rey hacía venir al pirotécnico real.

—Que empiecen los fuegos artificiales —ordenó el rey.

El pirotécnico real, tras hacerle un profunda reverencia, se dirigió al fondo del jardín. Iba seguido por seis ayudantes con antorchas encendidas.

Era un maravilloso espectáculo.

—¡Shiss, shiss! —hizo la rueda al empezar a girar.

La candela italiana explotó:

—¡Bum, bum!

Los buscapiés empezaron a bailar rozando el suelo y las bengalas enrojecieron el aire.

CamScanner

—¡Adiós! —gritó la centella elevándose y llenando el ambiente de brillantes chispitas.

—¡Bang, bang! —resonaban los petardos divirtiéndose alegremente.

A todos les fue muy bien salvo al cohete. Se había humedecido tanto con el llanto, que no pudo estallar y elevarse.

Lo más importante que contenía era la pólvora, pero las lágrimas la había mojado tanto que no ardió. Todos sus parientes pobres, a los que siempre se dirigía con una sonrisilla despectiva, se elevaron como capullos de oro para abrirse luego como flores de fuego.

—¡Viva! Viva! —gritaban los cortesanos. La princesita reía feliz.

—Me están reservando para un gran evento —declaró el cohete, más engreído que nunca—. Sí, eso es lo que sucede.

A la mañana siguiente llegaron los criados a ordenar y limpiar el lugar.

—Aquí viene la comisión —dijo el cohete—. La recibiré con la dignidad que me corresponde.

Adoptó un aire de gran importancia y frun-

ció las cejas como si pensara en algo muy elevado. Pero los criados pasaron a su lado sin verlo, hasta que uno de ellos lo descubrió.

—¡Miren! —gritó—. ¡Un cohete inservible!

Y lo arrojó por encima del muro.

—¿Inservible? ¿Inservible? —se dijo el cohete mientras cruzaba el aire—. ¡No! Un magnífico cohete, eso es lo que dijo el criado. Inservible y magnífico suenan muy parecido, y hasta pueden ser la misma cosa.

Y cayó en el barro.

—Qué lugar tan incómodo —pensó—. Debe ser un balneario de moda, al que me han enviado para que me recupere. Estoy con los nervios de punta y necesito relajarme.

Un sapito de ojos vivos y piel moteada se acercó hasta él.

—Un nuevo huésped —dijo el sapito—. Bueno, después de todo, nada hay mejor que el barro. Ofrézcanme unos días lluviosos y un agujero, y me harán dichoso. ¿Usted cree que lloverá esta tarde? Yo deseo que sí, aunque el cielo esté azul y sin una nube. ¡Una lástima!

CamScanner

El cohete empezó a toser:

—¡Ejem! ¡Ejem!

—¡Qué linda voz! —alabó el sapo—. Es como si croara, y no hay nada más musical que croar. Esta noche, cuando salga la luna, podrá oír nuestro coro en el antiguo estanque de los patos, al lado de la casita del granjero. Todo el mundo se maravilla al oírlo. Ayer, por ejemplo, la mujer del granjero le dijo a su madre que no había podido dormir por culpa nuestra. Qué agradable es saberse tan popular.

—¡Ejem! ¡Ejem! —tosió el cohete, molesto. No había podido intercalar palabra.

—Una linda voz, en verdad —siguió el sapito—. Espero que nos oiga en el estanque de los patos. Iré a buscar a mis hijas. Tengo unas hijas preciosas y temo que estén acompañadas por el esturión. A ese desgraciado no le remordería la conciencia si se las comiera en el desayuno. Bueno, adiós. Fue muy grato el haber conversado con usted.

—¿Conversado? —dijo el cohete—. El único que ha hablado es usted. Eso no es conversar.

—Alguien debe escuchar —afirmó el sapo— y a mí me gusta llevar la voz cantante. Uno ahorra tiempo y discusiones.

—A mí me gusta discutir —afirmó el cohete.

—Ojalá no sea así —replicó el sapito, sobrado—. Discutir es muy vulgar porque en la buena sociedad todos opinan igual. Adiós, allá diviso a mis hijas.

El sapito nadó hacia ellas.

—Qué exasperante es usted —dijo el cohete— y qué mal educado. Odio a los que hablan de sí mismos, como usted, cuando yo necesito hablar de mí mismo. Es lo que yo llamo egoísmo, algo abominable para los que son como yo, y a quien todos conocen por su simpatía. Usted debiera tomarme como ejemplo, no encontrará un modelo mejor. Aproveche esta oportunidad porque volveré enseguida a la Corte. Allí me estiman mucho. El príncipe y la princesa celebraron ayer su boda en mi honor. Seguramente usted no debe saberlo ya que viene de provincia.

—No pierda el tiempo hablándole —aconsejó una libélula que se había posado en un junco—, se

CamScanner

ha ido.

—El que pierde es él, no yo —dijo el cohete—. No dejaré de hablarle sólo porque no me escuche. Es que me gusta oírme hablar. Me encanta. Converso conmigo mismo a menudo. Y me digo cosas tan inteligentes que a veces no entiendo nada de lo que digo.

—Parece que da conferencias de filosofía —dijo la libélula. Desplegó sus hermosas alas transparentes y desapareció en el cielo.

—¡Debería haberse quedado aquí la estúpida! —dijo el cohete—. Seguramente no debe haber tenido oportunidades de cultivarse. ¡Qué me importa! Algún día reconocerán mi genialidad.

Se hundió un poco más en el barro.

De pronto se le acercó una gran pata blanca. Tenía patas anaranjadas, dedos palmeados y era considerada muy atractiva por su contoneo. Dijo:

—¡Cuac, cuac! ¡Cuac, cuac! ¡Qué cuerpo tan extraño tiene usted! ¿Puedo saber si nació así o si tuvo algún accidente?

—Está claro que usted es una campesina —repuso el cohete—. Si no, sabría quien soy yo.

Pese a todo, disculpo su ignorancia. Es absurdo esperar que los demás sean tan especiales como uno mismo. Creo que le sorprenderá saber que vuelo por el cielo y que caigo en una lluvia dorada.

—No me sorprende —dijo la pata—, no veo qué utilidad puede tener eso. Si usted pudiera tirar el arado, como el buey, o arrastrar un coche, como el caballo, o cuidar ovejas, como el perro, las cosas cambiarían.

—Señora mía —gritó el cohete, engrifado—, veo que usted es de clase baja. Los que pertenecen a mi clase social nunca somos útiles. Nos bastan nuestros refinamientos. Personalmente no me siento atraído por ningún trabajo, y mucho menos por los que usted ha citado. Siempre he pensado que los que no tienen nada qué hacer se amparan en el trabajo diario.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —dijo la pata, a quien no le gustaba pelearse con nadie—. En gustos no hay nada escrito. Espero, de todos modos, que se establezca aquí.

—¡Oh, no, Dios mío! —se enojó el cohete—. Yo sólo soy una visita, una visita distinguida. La

CamScanner

verdad es que encuentro este sitio muy aburrido. Aquí no hay vida social y tampoco soledad. Es un lugar muy a trasmano. Creo que volveré a la Corte, ya que estoy destinado a asombrar al mundo.

—También yo pensé meterme en la vida pública —afirmó la pata—. ¡Hay tanto que reformar! Tiempo atrás presidí una reunión en la que votamos por condenar todo lo que no nos gustaba. Pero no logramos nada. Ahora me dedico a las labores domésticas y a mi familia.

—Yo nací para la vida pública, igual que todos mis parientes, hasta los más humildes. Cuando aparecemos en público llamamos la atención. Todavía yo no he aparecido en público, pero cuando lo haga, será un espectáculo grandioso. Respecto a las labores domésticas, a uno lo envejecen y lo distraen de actividades más elevadas.

—¡Ay, cuán hermosas son las actividades elevadas de la vida! —comentó la pata—. Ellas me recuerdan que tengo mucha hambre. —Y se echó a nadar arroyo abajo exclamando: ¡cuac, cuac, cuac!

—¡Vuelva! —llamó el cohete—. ¡Vuelva

aquí! Tengo tantas cosas que decirle.

Pero la pata no se dio por aludida.

—Qué bueno que se fue —se dijo, hundiéndose otro poco en el barro. Comenzaba a pensar que la soledad era característica de los genios.

De pronto aparecieron dos niños que traían una olla y algunos leños.

—Debe ser la comisión —pensó el cohete. Y adoptó un aire de gran dignidad.

—Y este palo viejo, ¿cómo habrá llegado hasta aquí? —dijo uno de los niños, sacando al cohete del barro.

—¡Palo viejo! —murmuró el cohete—. ¡Imposible! Debe haber querido decir palo de oro. Llamarme palo de oro es una muestra de cortesía. Creerá que soy un dignatario de la Corte.

—¡Echémoslo al fuego! —dijo el otro niño. Nos ayudará a calentar el agua.

Reunieron los leños, pusieron el cohete sobre ellos y encendieron el fuego.

—¡Qué fantástico! —exclamó el cohete—. Van a encenderme a pleno día para que el mundo entero me contemple.

CamScanner

—Aprovechemos de dormir un poco mientras el agua se calienta —dijeron los niños.

Se recostaron sobre la hierba y cerraron los ojos.

Como el cohete estaba húmedo tardó bastante en encenderse. Finalmente ardió.

—¡Me voy! —gritó el cohete—. Subiré más alto que las estrellas, más alto que la luna, más alto que el sol. Subiré tan alto que…

¡Fuss, fuss! Empezó a elevarse.

—¡Qué fantástico! —gritaba—. ¡Seguiré subiendo! ¡Más alto, más alto!…

Nadie lo veía.

Comenzó a sentir una rara picazón.

—¡Voy a estallar! —gritó—. Iluminaré el mundo entero y meteré tanto ruido que nadie dejará de hablar de mí en un año.

Y estalló.

¡Bang! ¡Bang, bang!

Pero nadie lo oyó. Los niños dormían plácidamente.

Sólo quedó el palo, que cayó sobre un ganso que transitaba por la orilla del arroyuelo.

—¡Santo cielo! —exclamó el ganso—. ¡Están lloviendo palos!

Y se zambulló en el agua.

—Estaba seguro de que armaría gran revuelo —murmuró el cohete. Y se apagó.

CamScanner

OSCAR WILDE

Oscar Wilde nació en 1864, en Dublín, Irlanda. A los 17 años ingresó en el reputado Trinity College de Dublín y en 1874 en el Magdalen College de Oxford. Allí se destaca en lenguas clásicas y con su poema *Ravena* gana el premio Newdigate concedido por esa universidad.

En 1878 se traslada a Londres, donde conoce a importantes escritores y pronto se transforma en una figura habitual de los salones londinenses. Dos años después escribe su primera obra de teatro: *Vera o los nihilistas*, que se estrenaría en 1883. Antes, en 1881, había publicado sus *Poemas* y realizado una exitosa gira por los Estados Unidos. Después de dos años de estadía en París, en 1884, se casa con Constance Lloyd, con quien tendrá dos hijos.

Entre 1888 y 1894 Wilde desarrolla una intensa labor literaria. De entonces datan sus cuentos reunidos en *El príncipe feliz*, un clásico en su género —y que en la presente obra entregamos con el título de *El ruiseñor y la rosa y otros cuentos*—, los dos libros de relatos *Una casa de granadas* y *El crimen de Lord Arthur Savile*, y su única novela: *El retrato de Dorian Gray*, 1891.

CamScanner

A esa altura Wilde es ya muy conocido no sólo por sus escritos sino que también por su ingenio, su ironía, su esnobismo y su brillante conversación. Ha empezado a crear obras de teatro para los actores y actrices más importantes de Londres. En 1892 estrena su drama *El abanico de Lady Windermere* y *Salomé*, que es prontamente prohibida por tratar un tema bíblico. Un año después pone en escena su comedia *Una mujer sin importancia*, y luego, en 1895, *Un marido ideal*. Su obra maestra, *La importancia de llamarse Ernesto*, también será estrenada ese mismo año.

En todas estas piezas teatrales el escritor ha criticado ferozmente las costumbres y la moral de la Inglaterra victoriana. Esta se venga condenándolo a dos años de prisión por prácticas homosexuales. Cuando sale de la cárcel, completamente arruinado, Wilde viaja a Francia, donde vivirá mantenido por sus amigos.

En 1898 publica *La balada de la cárcel de Reading*, la mejor y más profunda de sus obras poéticas.

El escritor muere en París en 1900.

CamScanner